

910:9866 9288

99 A TRAVES DE LOS ANDES. 99 9866



LEYENDA HISTORICA

POR

EL DOCTOR DON FRANCISCO CAMPOS

Formada con materiales y episodios del tiempo de la Conquista.



GUAYAQUIL. ECUADOR.

1887.

Imprenta, Encuadernación y Librería Ecuatorianas.

CALLE «9 DE OCTUBRE» NUM. 41.

APARTADO 107. - TELÉFONO NUM. 155.

(7156)

imp no 9337 (ing)

842

APUNTES DE CARTERA

POR

F. C.

INTRODUCCION.

Muy provechoso es viajar, y sobre todo visitar el pais donde se ha nacido. El que estas líneas escribe, ha tenido la satisfaccion de recorrer la República del Ecuador, casi en toda su extension. Algunos libros ha escrito, dando á conocer aunque ligeramente diversas Provincias de esta República, reservándose publicar la mas importante de sus travesías: la de esta ciudad á la capital de la nacion Ecuatoriana. Esto es lo que hace hoy.

Se puede viajar por muchos motivos. Unos llevan la mision de medir la altura de las montañas, la extension de los valles, y estudiar la naturaleza geológica de las tierras. Estos viajeros científicos, no se ocupan mas que de los terrenos secundarios, ó de las capas terciarias: de las rocas plutónicas y del cuarzo y del cristal de roca. Estos son los viajeros Geólogos.

Otros se consagran á las antigüedades. Pasan indiferentes delante de las ciudades nuevas; no les admira una catedral de pavimento de mármol y de techumbres doradas, les es indiferente un paseo por calles espléndidas; no contemplan la hermosa naturaleza y bellísimos pasajes; pero se estasian ante una piedra que

tiene caracteres simbólicos, y pasan los días y las semanas estudiando un arco roto, ó un trozo de columna, para descubrir si pertenece á la época Romana ó Griega. Estos son los viajeros arqueólogos.

Otros, visitan el mundo, para formar colecciones de flores y de frutos. Buscan los animales raros, y pasan el tiempo clavando mariposas y toda clase de insectos, en cartones que despues clasifican, y vuelven á su patria con un cargamento, capaz de desesperar media docena de capitanes de buques. Estos son los viajeros naturalistas.

Otros finalmente, van en busca de impresiones; para ellos todo es novedad; su objeto es buscar emociones, y atesorar recuerdos para su vejez. Estos son los viajeros vulgares.

Paso por alto, á los que viajan por negocio; estos lo que desean es llegar: poco les importa lo que ven ó el pais que recorren, pues muchas veces ni averiguan á que nacion pertenece.

Yo pertenezco al número de los viajeros vulgares, y solo mis impresiones son las que publico. Busco la historia aquí, la tradicion allá: el camino, la tarde hermosa, la luz plateada de la luna, el amanecer entre las cordilleras, la noche profunda. Sin embargo, no soy poeta.

Hecha esta ligera explicacion, sígame el que quiere seguirme.

CAPÍTULO I.

Babahoyo antiguo y Babahoyo moderno—Mulas de silla y mulas de carga—La Mona—Sabana—Pisagua—La Cuesta de Angas—Cita de Steven son—Camino Real—Ascension á las alturas.

El vapor "Bolivar" nos condujo en siete horas á Babahoyo capital de la Provincia de los Rios, y primer puerto del litoral. Babahoyo, la antigua Bodegas, se estiende hoy á ambos lados del rio, teniendo á su derecha edificios valiosos y de moderna construccion: á la izquierda se halla el antiguo pueblo, tranquilo, donde descansa al abrigo de sus cañas de paja una poblacion de cuatro á seis mil almas.

En tiempo de la colonia, comprendia cuatro parroquias, lo que forma hoy la jurisdiccion de Babahoyo. Estas parroquias eran Ojiba, Quilca, Mangaches y Caracol. Hoy con los cantones de Vines Baba, y Pueblo viejo, forma la provincia de los Rios, que ya hemos nombrado.

Babahoyo es el lugar donde comienza el viaje por tierra para dirigirse á la capital de la República.

Mediante seis pesos por cada mula de carga, y siete por cada mula de silla, pudimos arreglar nuestros equipajes hasta Guaranda, viaje de vein-

te leguas que conceptúo las mas desagradables del camino.

Nunca he comprendido, la razon de esta diferencia de precios entre las cabalgaduras de carga y se silla. Tan malas son las unas como las otras: de manera que muchas veces me he visto obligado, á ordenar se verifique un cambio, poniendo la carga en los lomos de la de silla, y la silla en los lomos de la de carga.

A las tres de la tarde del dia 1º de Agosto, salimos de Babahoyo, y emprendimos la larga peregrinacion, que termina en la antigua capital de los Shiris, la Atenas hoy de América.

El camino es bueno: la tarde admirable, el humor alegre. Estas condiciones nos ponen á buen trote para salvar la distancia que nos separa de Sabaneta, donde pensamos pernoctar.

Una hora despues de haber salido de Babahoyo, tuvimos que vadear un rio. Este rio se llama La Mona, y por mas investigaciones que hice, y preguntas al arriero, á fin de que me instruyera acerca del origen de este nombre, nada puede sacar en limpio. Deduzco en consecuencia, que se llama La Mona, por que la mayor parte de los viajeros se pegarán una de padre y señor mio, como una libacion á los dioses viajeros, y á fin de que

su travesía por los Andes, sea feliz.

Como nosotros eramos cristianos, no creimos conveniente tal libacion, y continuamos nuestro viaje por la inmensa sabana, buscando en el horizonte las casas de Sabaneta, diminutivo de sabana. A las siete de la noche nos hallábamos en ella descansando en una especie de parador oriental, sobre estacas, y meciéndonos á la luz de la luna en una hamaca de costal, que nos parecía de seda tomando por comparacion la aspereza de la montura.

La propietaria del parador era una muchacha de veinte y cinco á treinta años, agraciada, y que hablaba por cuatro. En honor nuestro, mató una gallina, y nos puso una cena verdaderamente opipara. Quedaba por arreglar la cuestion cama, que tuvo su solucion entregando al paje los colchones, para que los pusiera aunque fuera encima del techo.

Al pié de la casa, y en lo profundo de una quebrada oíase la voz de un torrente. La cordillera se acercaba y veía á lo léjos los cortes abruptos de las primeras colinas, que en otras regiones, habian sido verdaderas montañas. El canto de los pájaros y los gritos de los monos, me impidieron dormir, agregándose á esto el calor sofocante de la tierra caliente, y los mosquitos

esos eternos zumbadores, que persiguen al viajero en todas las regiones del globo.

A propósito del canto de los pájaros, es curiosa la anécdota que se refiere, relativa á Bolívar. Dicen que el Libertador, tenía un edecan ó ayudante de campo, el cual una ocasión dijo que los pájaros no cantaban en América. Bolívar que le oyó, le aseguró lo contrario, y confirmó su aserto con el testimonio de varios oficiales que estaban presentes, pero el ayudante aun cuando no insistió, parecía no conformarse con esta opinión.

Desde entónces siguió á Bolívar á todas partes, y se halló á su lado en todos los combates y correrías del Libertador. Bolívar nunca olvidó este incidente, y cada vez que oía el canto de un pájaro, aun cuando fuera en lo recio de una batalla, se dirigía á su ayudante, diciéndole:

¿Canta ó no canta?

Por último en una acción, durante la cual las balas silaban, Bolívar, oyó el canto de un pájaro, y sin hacer caso de la metralla que pasaba como un huracán, dijo al oficial.

¿Y este canta?

Sí mi general, pero la orquesta no me deja oír bien.

Sabaneta es un puerto durante seis meses, y durante otros seis, perdiendo esta prerrogativa se convierte en población interior, casi sin habitan-

tes. De Diciembre á Junio, la sabana inundada, permite á las embarcaciones llegar hasta las casas de la aldea. Entónces hay animación, movimiento, tráfico. El mercado de Babahoyo se traslada allí, y ferias frecuentes, dan vida á esa region muerta de Junio á Diciembre. Como estábamos en el mes de Agosto, no pudimos ver á Sabaneta sinó bajo este segundo aspecto, que por cierto no es agradable.

A las seis de la mañana del siguiente día volvimos á montar, y esta vez para subir sin cesar, hasta dominar la cordillera mas célebre del globo.

Toda la mañana la empleamos en atravesar el espantoso camino llamado Pisagua. Es un trayecto de cinco horas, en las que no se hace otra cosa que resbalar. Piedras enormes tendidas en el camino, quebradas profundas, fango donde se entierran las mulas hasta el cuello, riachuelos corrientes, que hacen estremecer las cabalgaduras, y por único horizonte, las altas montañas, que nos circundaban: espectáculo cuya majestad salvaje nos dominaba. ¿Qué son esos paisajes de Suiza y de los Alpes, delante de esta naturaleza espléndida, de estos bosques inmensos cuyos árboles tienen ochenta métrros de altura, delante de estas cordilleras, donde el camino aparece en la region de las nubes?

¿Qué es ese monte Blanco, de catorce mil pies de altura, cuando camino Real, primera etapa de nuestro viaje se halla á ocho mil pies, Guaranda á once mil, el Arenal á 15,000, y sobre este se eleva el Chimborazo, á la altura de 22,000 pies, elevación superior á la del Vesubio colocado dos veces sobre el Monte Blanco?

Mientras hacía estas reflexiones, y repetía con mi compañero de viaje, los versos de Olmedo:

Los Andes... esas enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro
La tierra con su peso equilibrando.
Jamás se moverán.....

Rodábamos nosotros sobre las enormes piedras, y los troncos de árboles, oyendo á cada paso á los arrieros.

“Aquí se quebró un brazo el señor Tal: allí, se rompió una pierna el señor Cual, lo que me producía ciertos calofríos, que presagiaban calenturas. Por fin, después de algunas horas, de fatigosa travesía llegamos á Saiba donde nos detuvimos para almorzar. Aquí comienza el ascenso de la primera cordillera, ascenso peligroso, fantástico, que de escalón en escalón parece que conduce á la region de las nubes.

Hoy modificado el camino, permite el ascenso por una pendiente mas suave, por Balsapamba. Pero en la época

en que hice el viaje, no había mas remedio que dominarlo por la cuesta de Angas, cuya descripción la hace Stevenson en estos términos:

“Al día siguiente 22 de Julio, una triste perspectiva vino á ofrecerse á mis miradas: la cuesta de Angas. Comenzamos á subir á las 9 de la mañana; á cada paso encontrábamos nuevas dificultades y peligros siempre crecientes: en ciertos lugares el camino era una ladera estrecha, entre dos precipicios. En otros avanzábamos á lo largo de las partes estrechas de la montaña, teniendo de un lado un profundo valle, y del otro una roca perpendicular. Por un lado, una caída haría la muerte inevitable; por el otro se corre el riesgo de romperse los brazos ó las piernas contra las rocas. A esto puede agregarse que todo el camino durante el espacio de seis leguas se compone de montes escarpados y de rápidos descensos, mientras que el sendero por donde pasan las mulas, consistía en profundos surcos llenos de lodo, llamados camellones: algunos de estos tienen hasta dos pies de profundidad, de tal modo que el vientre de la mula, y los pies del jinete, tocan los bordes del surco, de manera que si la mula cae, su caballero corre el gran peligro de ser arrojado al precipicio. Durante es-

te tiempo no hay otra cosa que hacer, sino permanecer inmóvil, dejar las riendas flo- tar sobre el cuello de la mu- la, y fiarse á la sagacidad del animal.

Este extracto que hacemos de la descripción que de la famosa cuesta hace el viajero citado, es tan exacto que cual- quiera puede ya formarse un concepto de tan peligrosa as- cension.

No comprendo cómo son tan raros los accidentes que ocurren, pues por lógica na- tural debe deducirse que solo la mitad de los que viajan por aquella comarca debían lle- gar al término de su viaje.

Por fin despues de mucho subir y de mucho sudar lle- gamos al punto denominado Camino Real, desde el cual se descubre un panorama ex- pléndido.

Un pequeño minero de ca- sas, de endeble construcción forman un grupo que no es pueblo ni aldea. Sin embar- go, en una de ellas entramos y nos proporcionaron un esca- so refrigerio, del que necesi- tábamos urgentemente.

Ya en este lugar comienza á sentirse un cambio notable en la temperatura y el aspec- to de la vegetación revela que no nos hallamos distantes de las regiones frias. Sea el cansancio natural, ó el aspec- to de la imponente naturaleza que nos rodeaba, largo rato

permanecemos sin poder con- ciliar el sueño. Nuestra ima- ginación nos trasladaba á las remotas épocas de la conquis- ta, cuando el vasto imperio de Atahualpa, tan avanzado en civilización, cayó bajo el dominio y cetro de los monar- cas españoles. ¿Quién les hubiera dicho que en este mundo soñado por Colon, ha- bían de encontrar tan podero- sos elementos de progreso? ¿Cómo se explicarían el extra- ño fenómeno de hallar en medio de un continente des- conocido hasta entónces, un imperio tan floreciente?

Camino Real, goza de gran- de y merecida reputación por la vista espléndida que se goza desde esa altura. Y en efecto, difícil es encontrar un panorama de mayor variedad y extensión. La cordillera inmensa nos rodea; abismos espantosos nos circundan; lo- rios aparecen como cintas de plata; las poblaciones son puntos blancos en las faldas de las colinas; los jardines aparecen como cuadros de co- lores, animando el fondo ver- de del follaje, y el mar pacífi- co en lontananza confundien- do su azul con el azul de los cielos. De repente una nube se interpone entre nosotros y el suelo. Dominamos la re- gión, y las tempestades se de- sencadenan debajo de noso- tros. Cuadros de esta natu- raleza no se olvidan.

Pero ya los arrieros nos lla- man; las mulas están ensilla- das: partamos bajo los rayos de un sol radiante: vamos á descender para volver á subir, y subir hasta dominar todas las alturas.

CAPÍTULO II.

Tengo á la vista, varias obras que se ocupan de la re- gión comprendida entre Gua- yaquil y Quito. El Padre Ve- lasco, Villavicencio, Steven- son, Holinskoy, Kausorek, el Padre Kolberg, Ida Vfeiffer. Mucho las he leído, y sobre todo las de los mas modernos, y encuentro que á excepcion de Stevenson, los demás han escrito lo que se les ha ocurri- do. Pero últimamente ha llegado á mis manos, un vo- lúmen titulado "Las selvas Virgenes," que es el *non plus ultra*, de la falsedad y del error.

Conviene mucho que este país sea mas conocido. Gra- cias á los trabajos científicos de los señores Stuvell y Reize, y á las concienzudas y profun- das investigaciones del doctor Wolff, quien ha prestado ver- daderos é importantes servi- cios al Ecuador, se va cono- ciendo algo mas esta región tan digna por tantos títulos de figurar en primera línea.

Debo pues, en lo que per- mitan mis escasas fuerzas rectificar muchos de aquellos

errores, 1º. por que en ver- dad he visitado esas comar- cas, y 2º porque como hijo de esta República no puedo con- sentir se impriman y circulen tales errores.

Comenzamos á ascender la suave cuesta de Pizcurco, que á pesar de su suavidad casi ocasiona la muerte de uno de mis compañeros de viaje. Sin saber cómo, la mula dió un volatin, y por una feliz con- version á la derecha, no cayó sobre mi amigo aplastándole con su peso. Esto motivó serias reflexiones, que nos in- dujeron á desidir hacer la as- cension á pié. A pesar de ha- llarnos en Agosto, habia caido una llovizna ligera por la no- che, que puso resbalosa la cuesta. Una llovizna es peor que un aguacero fuerte, para el paso de las cordilleras.

Vengan alpargatas, dijo mi compañero de viaje: el mas hermoso invento indígena; las alpargatas que no aprietan el pié; las alpargatas de fres- co cáñamo, que se amoldan con facilidad, y que facilitan el ascenso de las cordilleras.

Nosotros reiamos de esta apología de las alpargatas. El continuó:

No rian ustedes. Bien pue- do hablar mientras subo, pues- to que ya no tengo riesgo de caer. O mejor hagamos un descanso de cinco minutos, y beberemos un trago de jerez

que fortifique nuestro estómago y nuestras piernas.

—Aceptado.

—¿Aceptado? Pues bien sentémosnos.

Pero has de continuar la apología de la alpargata.— Convenido. Ahora escuchadme bien, vosotros compañeros de ascension á las cumbres andinas, y vosotros que nos guiais, arrieros nacidos en estas cordilleras, gloriaos de vuestras alpargatas, que son la mas útil invencion de los tiempos modernos. Entre los hebreos era el calzado de madera ó de juncos; entre los Egipcios, de hojas de palma; entre los Persas de cuero; entre los Griegos, sandalias con correas. Había el *diaba thra*, los *blutai* del interior de las casas, los *conipodos*, los *perifadires*, los *crépidos* calzado militar, los *hárrpidas*, los *arbulai*, los *pérsicos*, los *lacónicos*, los *carbatinai*, usados por las gentes del campo, y el *cot-huarao*, empleados en el teatro.

—Toma el jerez, le dijimos.

—Venga. Le paladeó con satisfaccion y continuó:

Los habia verdes, negros, bordados de oro y piedras, blancos, de escarlata, y bordados con perlas.

Esos son los mejores, dije.

—Prefiero la alpargata.

¿Que haríamos en la cuesta de Pizcurco con calzados de perlas?

Los chinos usaban botas de seda, y guardaban además del pie, papeles y abanicos: eran un verdadero cofre. Por último los hijos de una multitud de islas y archipiélagos, de ciudades opulentas y miserables aldeas, llevan el calzado de Adan: el pié limpio.

—Es el mas cómodo, le contestamos. Vamos á seguir subiendo la cuesta.

Vamos. Leobardo, abad, legó sus sandalias á su iglesia parroquial. Carlo Magno, dispuso, que ningun sacerdote pudiera decir misa, á no ser que llevara sandalias. El califa Haken, prohibió, bajo pena de muerte, que los zapateros hicieran calzado á las mujeres.

—Yo tambien lo prohibiera. ¿Cuántos piecitos se lucirian?

Olasis, rey de Noruega ordenó á un príncipe de Islanda, llevar sobre sus hombros las sandalias del rey en señal de vasallaje.

Basta, tu no acabas nunca con el tema, y la cuesta es larga.

Os sigo, aun cuando me faltaba hablar de la chancleta diminutivo de chancla. El chino usa chancleta y el turco tambien. Pero las chancletas del turco y del chino son diversas de otra especie, que tambien se usa. Esta es una especialidad sorprendente. Comprendo cómo los vo-

latíneros se sostienen en el trapecio colgados de un pie: es un secreto para mí, cómo se sostiene una chancleta.

Véase la solidez de la alpargata. Con ella echa uno raíces en el suelo.

Y diciendo esto afirmó el pie, y.... rodó quince metros, cuesta abajo, lo que nos hizo reír á carcajadas.

Así! le gritamos: con esa solidez llegarás á la cima.

Por último, despues de mil trabajos llegamos á dominar la cuesta. Entónces comenzó el desceaso, rápido y peligroso hasta Tumbuco, donde resolvimos descansar. La tercera jornada debia llevarnos á Guaranda.

Felizmente, en las regiones montañosas del Ecuador, es desconocida, esa enfermedad ó vértigo, que es tan frecuente en las cordilleras de Chile y del Perú, que como dice Holinsky, no perdona á los hombres ni á los animales, y que determina á veces una muerte repentina. Feliz privilegio, agrega, acerca del cual ningun naturalista ha podido dar hasta hoy, una explicacion satisfactoria.

CAPÍTULO III.

Tumbuco, ó Tambuco—Llegada á Guaranda—Los vientos de las cordilleras

—La primera vision del Chimborazo

—La nieve y la niebla—La montaña gigante—El tambo de Chuquipocoy.

Tumbuco, no es un pueblo, solo es una aldea insignifican-

te. Supongo que el verdadero nombre sea Tambuco, ó tambo pequeño. Es probable que su origen haya sido algun tambo construido para servicio de los viajeros.

Despues de un descanso que bien necesitábamos, comenzamos á descender al pintoresco valle del Chimbo, donde se encuentran tres poblaciones, San José, San Miguel y Santiago.

Este canton, es extenso, y segun el Padre Velasco, formaba en tiempo de la colonia un correjimiento de importancia. Antes de la conquista estaba poblado por doce numerosas tribus, entre las cuales, las principales eran las de Asancotos, Chapacotos, Guanujos y Guarandas.

El adelantado Belalcazar, creyó conveniente una fundacion española, por ser el terreno apto para toda especie de granos, y con este motivo creó en 1534 el asiento de Chimbo. Hoy es canton de la Provincia de Bolívar, y comprende doce parroquias.

Por último, á las 12 de la mañana del siguiente dia, despues de haber pasado el famoso *socabon* que es uno de los puentes naturales; un tunel que llama con mucha justicia la atencion de los viajeros, llegamos á Guaranda, perfectamente rendidos.

Guaranda es una poblacion de siete á ocho mil habitan-

tes, y se halla á nueve mil quinientos pies sobre el nivel del mar. El Chimborazo la domina con su inmensa mole, y no puede darse panorama mas bello que el de ese gigante de los Andes, contemplado á la luz de la luna, ó á los primeros rayos del sol naciente.

Ciudad de poco comercio, debe Guaranda la poca actividad de su vecindario, á ser punto de escala entre Babahoyo y Quito. Todo flete se hace hasta Guaranda, sea viniendo de la capital ó yendo á ella desde la costa.

Por consiguiente, tuvimos que detenernos dos dias para arreglar nuevos fletes, que nos sirvieron tambien para descansar.

Guaranda tiene una temperatura bastante fria, á pesar de hallarse en una depresion de la cordillera; sin embargo es saludable. La poblacion nada tiene de notable, de manera que á las ocho de la noche, sin tener qué hacer, entramos en consejo, y decidír en lo que debiamos ocupar el siguiente dia.

Decidimos no hacer nada.

Un dia y dos noches permanecimos en Guaranda. La segunda no fué completa, pues á las dos de la mañana, saliamos de la poblacion para continuar nuestro viaje. Los vientos del páramo en el mes de Agosto, son terribles durante la mitad del dia, y es

necesario madrugar mucho, para pasar por delante del gigante de los Andes, sin el peligro de ser llevado como una arista envuelto en el torbellino que el huracan forma en las mesetas andinas.

Esos vientos de las cordilleras, son tan terribles como el tifon de los mares de la China. Tienen toda la energía y poder de aquellas trombas, y además el abismo. Difícil es contemplar mas imponente espectáculo, que el de esas corrientes impetuosas del huracan que silva como una serpiente, y ruje como un mónstruo. Todo se inclina á su paso: las altas yerbas se doblagan á un tiempo como una sola brizna, y parece que la cordillera oscila sobre sus bases. Piedras enormes ruedan con horrible estrépito, y muchas veces son empujadas al abismo con violencia sobrehumana. Pobre del viajero, aislado, perdido en esa inmensidad y esa altura, luchando frente á frente con semejante atleta: es necesario huir, nadie combate impunemente con ese gigante de cien brazos que ahoga ó tritura, que lanza las mulas hácia arriba, y las levanta cual si fuera plumas.

Pero el viento es solo uno de los peligros. Tambien hay la nieve, que azota el rostro con sus cristales, y ahoga el aliento, el granizo, que des-

ciende impetuoso, arrebatador, como una lluvia de aerólitos diminutos; pero suficientes por la violencia adquirida en su rápido descenso, á causar graves males, entre ellos la rotura de la cabeza de los transeuntes y otros mas que no mencionamos. Parece que la colosal montaña, como los lugares encantados, se halla rodeada de mónstruos que impiden el acceso. Esto es justo: para gozar de tal espectáculo es necesario pasar por algunas praebas.

Pero las horas mas terribles, son las del medio dia. Por eso es necesario, atravesar esa region del Chimborazo en las primeras de la mañana.

La noche era espléndida. Todas las constelaciones ecuatoriales brillaban en el cielo con deslumbradora limpieza: ni una sola nube velaba el azul casi radiante de las altas regiones del espacio. Una noche como aquella no es noche.

En silencio avanzábamos contemplando unas veces ese estrellado cielo, otras la gigantesca cordillera, dejando á la mula el cuidado de conducirnos por donde mejor le pareciera. Las horas transcurrieron así, rápidas, y cuando menos pensábamos una luz violácea apareció al oriente y pocos momentos despues, el primer rayo de sol, hirió la nevada cumbre del Chimborazo,

inundándola de llamas. Miré hácia aquel lado como ante el foco de un inmenso incendio, y lancé un grito de asombro.

Jamás, espectáculo tan grandioso hirió mi vista. He contemplado sobre la cima del monte Cavi, cerca de Roma, pueblos antiguos, ruinas espléndidas, y la gran ciudad en el límite del horizonte, con sus mil cúpulas de oro, he visto el maravilloso rio Hudson, cubierto de vapores, y la gran metrópoli de America, ostentado sus palacios velados por la transparente gasa de la niebla, como una aparicion fantástica; he visto el mar, tranquilo como un inmenso espejo, reflejando en su tersa superficie, los suaves rayos de la luna, y le he visto tempestuoso y terrible levantar olas enormes, durante lobrega noche, mientras el trueno resonaba con pavoroso estrépito, rodando como un inmenso alud sobre el oceano convertido en abismo. Todo esto es grande, sublime, bello á veces con belleza siniestra, como la tormenta, como el huracan, pero imponente; son la muestra eterna y permanente del poder del creador, que manda á los vientos y á las olas.

Pero aquella vision de la colosal montaña, coronada de eternas nieves, recibiendo los primeros rayos de la aurora y

presentando bajo el aspecto de un cráter en ignición; aquella cima donde el cóndor tiene su asiento, irradiando con los colores del iris; aquellas quebradas profundas, aquellos torrentes, aquella masa de granito, hizo en mí la mas profunda impresion.

Largo rato permanecí mirando fijamente tan bello panorama, y fotografiándolo en mi alma, y allí habria quedado mas tiempo aun, si uno de mis compañeros, no me hubiera sacado de mis contemplaciones.

Adelante! dijo, que el tiempo pasa y el tambo está lejos. Desde Chuquipocyo, podrás contemplar el Chimborazo toda esta noche, y te aseguro que te agradará mucho verle á la luz de la luna creciente.

Seguí la marcha, y hacia las dos de la tarde, descansábamos en el tambo de Chuquipocyo, y tendidos en los pellones á la puerta del tambo, pudimos saciar nuestra vista, mirando durante horas enteras al gigante de las regiones andinas ecuatoriales.

El tambo de Chuquipocyo se encuentra á la altura de 15,000 piés sobre el nivel del mar. Es un colosal cubo teniendo sobre el páramo. Allí se duerme y se pasa.

Hay allí un abrigo contra el viento, una noche, que se pasa como se puede bajo la lí-

nea equinoccial, y con un frio polar.

CAPÍTULO IV.

El Chimborazo—La Montaña Rey—Mr. Wimper—El Sangay—Erupciones y terremotos—El centro de los volcanes—Palacios subterráneos.

Puesto que nos hallamos en la falda del Chimborazo y acariciados por la brisa helada que despide el célebre nevado, demos vuelta al coloso, y digamos algo sobre él, ya que tantos sabios europeos de dos siglos á esta parte, le han tributado el respetuoso homenaje de su admiración.

El Chimborazo (Chimbura-zu)—(nieve del Chimbo) se levanta sobre la mesa de Tapi, que se halla cerca diez mil piés sobre el nivel del mar. Su altura total es de 21,420 piés segun Humboldt, y si bien es verdad que en elevación la cedido el cetro á algunos picos del Thibet, no por eso deja de ser la montaña mas célebre del globo. En todos tiempos ha llamado la atención de los sabios, y muchos hombres célebres la han visitado.

Humboldt á principios de este siglo llegó á la altura de 19,300 piés. La rarefacción del aire, hizo brotar sangre de las narices y de las orejas de este ilustre viajero. Jamás, dice Holinski, hombre alguno se habia aproximado mas á los astros.

Los académicos de España y Francia, midieron gemétricamente esta colosal montaña y hallaron tres mil, doscientos veinte y nueve toesas, ó sea 19,320 piés ingleses.

En 1831, Mr. Busingault subió algunos pies mas que el Baron de Humboldt, y Bolívar pasó esos límites, escribiendo su famoso "delirio," á la altura de 20,000 piés, que solo el cóndor podia traspasar.

Para tener una idea de su enorme elevación, debemos considerar, que si sobre el monte de San Gothardo ponemos el Sinaí, sobre este el Olimpo, y encima de los tres el Vesubio, estas cuatro montañas superpuestas apenas llegan á la altura del Chimborazo.

Reservado estaba á un viajero inglés, Mr. Wimper llegar á la cúspide de esta soberbia montaña, ascension que verificó en 1881, enarbolando el pabellon de Inglaterra en la alta cima que ningun pié humano habia hollado ántes que él, y haciéndole flotar sobre la region de las nubes.

En 1879, el que estas líneas escribe publicó una obrita titulada "de Guayaquil á Cuenca," en la que se encuentra este párrafo.

"El día en que un pabellon flote en el polo, este pabellon será inglés ó yanke; el día en

que un viajero se siente en la misma cúspide del Chimborazo, este viajero será yankee ó inglés: el día en que se baje al centro de la tierra por alguna entrada aun desconocida, por ella penetrarán el inglés y el yankee."

No creía que la profecía se verificara tan pronto.

Mr. Wimper se ha hallado pues á la altura de cerca de veintidos mil piés sobre el nivel del Océano: ha contemplado casi un hemisferio; y ha puesto el pié donde no se creyó jamás pudiera ponerlo el hombre. Los indios no le acompañaron en esa suprema ascension: subió solo y coronó con éxito la gran empresa de dominar al gigante de los Andes.

Atravesó todos los climas, desde el ardiente de la tórrida, hasta el polar de las regiones hiperbóreas; vió descender rápidamente el Mercurio de su termómetro, mientras el ascendia metro por metro la colosal montaña, é intrépido, desafiando los vientos encontrados, el aire enrarecido, que hacia brotar sangre por los poros de su cuerpo llegó á la altura; pasó las huellas de la Condamine, de Hall, de Busingault, de Bolívar, y él, solo él llegó á la cumbre.

¡Qué espectáculo debió contemplar! ¡qué corona de volcanes elevaba bajo su planta

sus penachos de humo! El Ootomaxi, el Antisana, el Sincholagua, el Altar, el Tungurahua y el formidable Sangay, que cuando ruje hace estremecer la mitad de un continente. ¡Qué valles extensos como una nacion de Europa, desarrollaban entre las cordilleras, sus rios, sus torrentes, sus ciudades á la vista asombrada del viajero!....

Nosotros simplemente íbamos á la modesta altura de quince mil piés, aproximándonos poco á poco á la poética montaña, y que por un efecto de óptica, parecia huir en vez de aproximarse.

“La enormidad de su mole, dice Villavicencio, produce un efecto óptico, que es curioso de notar; pues por esta causa no puede calcular el viajero, la verdadera distancia á que se encuentra el monte, sucediendo con frecuencia, que parece retirarse cuanto mas se aproxima. Es tambien notable el fenómeno meteorológico, que se observa á causa del gran enfriamiento que produce en las columnas de aire que se acercan al monte, pues todas ellas inciden á él, sirviendo como de centro, á todos los vientos.”

Silenciosos y recojidos avanzábamos por aquel páramo desierto, atraídos, fascinados, por la inmensa mole, que á los rayos del sol, brillaba como un diamante.

¿Cuánto darian, decia yo, los sabios y geólogos de Europa, por encontrarse donde estamos nosotros?

Poco á poco, á pesar del frio, se fueron desatando nuestras lenguas, y comenzamos á filosofar, como profesores de la soborna.

¿Habría sido este monte un volcan? preguntaba unos de mis compañeros de viaje?

Si leyéramos, le contesté, todo lo que á este respecto se ha dicho, nos volveriamos locos. Hay mucho desacuerdo entre los viajeros, pero la mayor parte opina que sí lo fué.

¿Y cómo se habrá apagado este hornito?

Hay dos opiniones. La primera es la existencia de una cascada interior, que lleva torrentes de agua á tal profundidad, que no ha podido medirse. El caudal de aguas, es un Niágara, y á este se debe el que no se inflame, y se conserve inofensivo.

Buena regadera!

La segunda opinion, es que habiendo tenido un vecino poderoso, el Carahirazo, mas elevado que el Chimborazo por allí respiraban los dos. Pero el año de 1699, el primero se vino al suelo convirtiéndose en fragmentos, y produciendo tales estragos, que alteró la naturaleza geológica de la superficie á muchas leguas de radio, y destruyó las ciudades de Rimbamba. Asegúrase que

todo el cono cayó dentro del volcan.

Cáspita!

Desde entónces, ambos permanecen tranquilos.

Nos hallábamos en el punto del globo donde se encuentran mas volcanes, cuyas erupciones han hecho en todos tiempos estragos formidables. Pero entre éstos el Sangay es el mas terrible.

El 4 de Febrero de 1797 una inmensa detonacion, fué la precursora de un desastre inmenso. En las tristes calamidades á que está espuesta la raza humana, dice el Barón de Humboldt, no hay una sola que, en un país poco poblado, pueda en menor tiempo herir tantos millares de hombres, como la propagacion y produccion de algunas ondas terrestres acompañadas de derrumbamientos. Abriéronse zanjas en la catástrofe á que nos referimos y se cerraron de tal manera que los hombres pudieron salvarse extendiendo sus dos brazos. Tropas de ginetes, y de mulas cargadas, desaparecieron en las aberturas que se formaban bajo sus pasos. La superficie del suelo, fué sucesivamente levantada y descendida por oscilaciones singulares, que depositaron sin sacudidas sobre el pavimento de la calle, personas situadas mas de doce piés mas arriba, en el coro de la

iglesia; varias casas se hundieron en la tierra, con tan poco daño, que los habitantes sanos y salvos, pudieron abrir las puertas al interior y esperar dos dias para que los desenterraran. Iban de una habitacion á otra, encendian hachones y se alimentaban con las provisiones que tenian por casualidad.

Un hecho mas sorprendente aun y mas complejo, es, haberse encontrado en los escombros de una casa el mobiliario de otra muy distante de la primera, descubrimiento que dió lugar á un proceso. Casi toda la poblacion fué víctima de este espantoso cataclismo, que ha formado época en los anales de nuestra historia.

El Sangay, no ha dicho aun su última palabra. Segun las investigaciones y estudios que se han hecho por sabios que lo han visitado, se teme una erupcion final. Villavicencio dice, que este volcan que se levanta á una altura de 6213 varas sobre el mar, parece estar roto en varios puntos, y que no está léjos la época en que por falta de columnas de sustentacion se desplome sobre sí mismo, produciendo un violento terremoto, y tal vez el aniquilamiento total del volcan.

Mientras tanto ruje como un leon, y sus bramidos y sus

cenizas llegan al océano Pacífico.

Mal vecino! dijo mi compañero de viaje. Prefiero, tener á un aprendiz de música ó á un pianito ambulante.

Una tarde, mucho tiempo despues del viaje que hoy escribo, un caballero, que habia visitado el Chimborazo unas veinte veces: que habia escalado una buena parte de su altura, y que hablaba de él como de un amigo íntimo, cuyos secretos todos se conocen, me decia:

Lo mejor del Chimborazo, no está en su superficie exterior, sino en su interior.

¿Qué tiene?

Palacios subterráneos semejantes á los que Julio Verne describe en el centro de la tierra; series de columnas; estalacticas asombrosas, delante de las cuales las de la gruta de fingal son insignificantes; arcos espléndidos; juegos de luz de los que no es posible formarse idea. Le aseguro á usted que así deberán ser los palacios de las hadas.

¿Es posible? ¿Y cómo nunca he oido hablar de eso? ¿Cómo una obra de la naturaleza tan maravillosa no es conocida por todos?

La razon es muy sencilla. ¿Quiénes son los que viajan por el Chimborazo? Los que van á Quito por negocios y que pasan á mucha distancia del monte; los indios que ha-

cen muy poco caso de esas maravillas si es que por casualidad las descubren; y un sabio cada veinte años que se ocupa de averiguar si las rocas son graníticas ó porfidicas, si hay oligokase ó augote, ó azupe ó mica que busca el nivel de nieves eternas, y el nivel variable, pero que nunca procura meterse dentro, porque no sabe ni por donde ha de entrar. Yo que conozco la montaña palmo á palmo, que he medido la longitud de cada grieta, que he sondeado los abismos, que he bebido el agua de sus torrentes, que le he dado vueltas por todas partes y en todo sentido, he visto lo que no ha visto.

¿Y por qué nadie ha dado usted á conocer este importante descubrimiento?

No es la primera vez que refiero esto, pero siempre me han contestado que sin duda lo he soñado.

Pues yo lo aseguro á usted que si alguna vez vuelvo á ver el Chimborazo, he de tratar de ver esas maravillas.

Y las verá usted no lo dude. Semejante espectáculo vale la pena no solo de ir á la capital de la República, sino tambien de dar la vuelta al mundo.

CAPITULO V

La region del Chimbo razo.

¿Cuántos volcanes habrá en

el mundo? me decía mi compañero de viaje,

Innumerables, pero la América parece tener proporcionalmente mayor número. El Baron de Humboldt ha contado en Mejico, seis, en la América Central, diez y seis, en Colombia, diez, en el Ecuador, once, en el Perú, siete, en Chile, ocho. Pero los del Ecuador son los más imponentes, por su elevacion y por los extragos que han causado.

¿Cuales son esos once, que nos han tocado en parte?

El Imbabura	17,500 piés.
El Chimborazo	23,046 "
El Antisana	20,814 "
El Cotopaxi	20,664 "
El Iliniza	19,032 "
El Altar	19,008 "
El Sangay	18,843 "
El Saraurcu	18,630 "
El Tungurahua	17,808 "
El Pichincha	17,484 "
El Chites	17,202 "

Y entre estos cuáles es el más terrible?

A juicio de todos los geólogos, el Sangay.

¿El vecino?

El vecino: solo que como tú sabes, se halla en las convulsiones de la agonía.

¿Los volcanes tambien mueren?

Sin duda y nacen tambien. ¿Quién sabe cual de estos picos inofensivos, saldrá con un domingo siete?

Con tal que no lo vea yo. Pero creo que si el Sangay, se halla *inextremis*, quien sabe cuantos se lleva al dar la última boqueada. Temo que haga lo que Sanson, y á su muerte, se haga acompañar de mucha gente.

Es posible.

Mocha se acercaba mientras pasábamos el tiempo hablando de volcanes.

Mocha, regado por el Panchalica, tributario del Patate, era en tiempo de la conquista una poblacion de suma importancia, y su captial ciudad de gran fama, en cuyo recinto se hallaban almacenes reales, y estaba defendida por la fortaleza denominada Pucará. Esta fortaleza construida en la peña viva, era tan formidable que no pudo rendirla en muchos dias el capitán don Pedro de Alvarado, á pesar de atacarla con quinientos hombres. [1]

Pero Rumiñahui, la destruyó, asolando toda la provincia de Puruha.

Como estamos en los lugares, teatro de la catástrofe, creemos conveniente dar una idea de Rumiñahui, general tan distinguido, audaz y valiente, como cruel, sanguinario y desleal.

Era el año de 1533. El poderoso monarca de Quito,

[1] Velasco.—Historia del Reino de Quito.

Atahualpa, acababa de recibir en su palacio de los Baños, á los enviados de Pizarro. Despues de esta primera conferencia, quedó convenida una segunda en Cajamarca, que debia decidir de los destinos de la mitad de un Continente. Rumiñahui, general de Atahualpa, asistió á dicha entrevista, y su penetrante mirada le hizo conocer, cuan falsas eran las promesas de los españoles, y vió en el porvenir la ruina completa del floreciente imperio que Huaina Capac, habia dejado en las manos de sus dos hijos Atahualpa y Huáscar.

Así, al siguiente dia, penetró en la morada del soberano de Quito, y arrodillándose ante él

Inca-Capac, le dijo, ¿creéis en la fidelidad de vuestro servidor?

Sí, contestó el Inca.

¿Creeis que siempre os he servido con la abnegacion más completa?

Lo creo.

¿Admitis en mi alma el valor necesario y la intrepidez que conviene para decidir con algun acierto en las circunstancias difíciles?

Nunca lo he dudado.

¿Os he dado siempre pruebas evidentes de sinceridad y de consagracion á vuestra persona?

Siempre.

Pues bien, escuchadme por la

última vez: oid la voz de uno de vuestros esclavos que en serviros es el primero. No oigais las mentidas palabras de los extranjeros, acordaos de las predicciones que han hecho nuestros antepasados: esos rostros blancos codician nuestras riquezas, y tienden a dominar en nuestro territorio. No accedais á esa segunda conferencia, que sospecho ha de seros funesta. Preparémonos á una guerra necesaria, para acabar con ellos, continuareis siendo el hijo del sol, y digno descendiente de Huaina Capac; de otro modo arrancarán el *llautu* de vuestra frente, humillarán la raza poderosa que es vuestra raza y nos reducirán á la triste condicion de siervos.

No lo creo, contestó el Inca. Además, he ofrecido ir á Cajamarca, y cumpliré mi palabra.

¿Es inalterable esta resolucion?

Inalterable.

Pues bien, cuando os encontréis en la esclavitud, cuando vuestros *curacas* huyan, y vuestros soldados se dispersen, y no tengais quien os obedezca, acordaos de la prediccion que acabo de haceros.

Rumiñahui salió de la estancia real, é inmediatamente hizo llamar á varios jefes del ejército de Atahualpa.

Mañana va á decidirse la suerte del imperio, les dijo.

El Inca-Capac, no ha querido oirme; y va a perecer. ¿Queréis seguir en suerte, ó acompañarme y organizar tropas conmigo á fin de lanzar del territorio á todos los extranjeros?

Te acompañamos le contestaron.

Pues bien: estad preparados. Mañana al amanecer saldremos de aquí, y nos dirigiremos á Quito.

Al dia siguiente, el estampido del cañon, hizo conocer á Rumiñahui que sus presentimientos eran fundados. Los españoles se habian apoderado del Inca.

Rumiñahui, á la cabeza de cinco mil hombres salió apresuradamente de Baños, dirigiéndose á Quito.

Sin embargo, persuadido de la necesidad de dar un colorido legal á su conducta, hizo publicar que traia poderes del Inca, para gobernar el imperio durante su cautiverio. Esto le valió: arrojó del gobierno á Cozopanga, comenzó una serie de crueldades que mancharon su memoria, que habria podido pasar á la posteridad, como la de un valeroso general.

Despues del suplicio de Atahualpa, y sabiendo que su cadáver era conducido á Quito, para ser inhumado en el sepulcro de sus mayores, salió á recibirlo con tales demos-

traciones de dolor, que conmovió al pueblo.

Por la noche fué á visitar á Coriduchicela, esposa del Inca, lloró con ella la muerte de su rey y señor.

Creo que le habeis amado, dijo la pobre princesa, y por esto os ruego me hagais una promesa.

¿Cuál?

Que enterreis mi cadáver al lado del de Atahualpa.

Os lo ofrezco, si vivo mas que vos.

Oh! vivireis más: os lo aseguro.

Coriduchicela, habia resuelto morir. Al dia siguiente se encerró en su habitacion y se suicidó.

Rumiñahui cumplió lo que habia ofrecido á la esposa del Inca. Despues, reunió á todos los miembros de la familia imperial en un banquete fúnebre. Durante él, y despues de embriagarlos les hizo dar muerte alevosa por sus soldados.

Uno sólo, el Inca Illescas, no se embriagó. Entónces Rumiñahui, le hizo degollar en su presencia, le arrancó la piel, é hizo de ella un tambor.

¿No os parece que estoy contando la historia de Ivan el terrible?

Los desbordes de este general no tuvieron límites. Convirtió en serrallo el monaste-

rio de las vírgenes consagra-
das al sol, hizo degollar á
todas las esposas del Inca
Atahualpa; y vencido por los
españoles, destruyó á su paso
Riobamba y Mocha.

A la vista tengo esta pobla-
cion, testigo de tales hechos.
Rumiñahui incendió la ca-
sa del Gobernador Zopozopan-
gui, el tambo y almacenes
reales de gran riqueza, y si-
guiendo su obra de destruc-
cion avanzó hasta Quito, don-
de volveremos á ocuparnos de
él.

Tan rica era la provincia de
Mocha, que para rescate del
Inca Atahualpa contribuyó
con la de Puruha, con 300,
000 castellanos de oro y una
cantidad grandísima de plata.

Hoy es una pobre aldea, y
solo sirve de punto de reposo
para los viajeros. Estoy segu-
ro que pocos, muy pocos pien-
san en lo que esa poblacion y
provincia ha sido hace tres-
cientos años, durante el es-
plendor de un Imperio, com-
parable en magnificencia con
los más opulentos de Asia.

CAPÍTULO VI.

Riobamba—Recuerdos históricos—Blasco
Nuñez y Gonzalo Pizarro—El Valle
de Cachipamba—Derechos concedidos
por el Rey de España al Cabildo de
Riobamba—El Excmo duque de Uce-
da, grande de España de primera cla-
se, nombrado Presidente del Cabildo—
Hombres notables de Riobamba Don
Pedro Maldonado—Maldonado y La
Condamine—Tradicion—El padre Ri-

chter—El Cacique de los Omaguas
Viaje por el Marañon—El hundimien-
to del pueblo de Uacha en 1640.

Cerca de este lugar se bifurca
el camino, tomando á la dere-
cha el que conduce á Riobam-
ba, la Capital de la Provincia
del Chimborazo

Riobamba, como Nápoles,
el Vesubio y como Mesina,
el Etna, tiene el Sangay, vol-
can el mas terrible del globo.
Su pasado, como hemos dicho
ya, ha sido terrible: el volcan
la ha sacudido con violencia, y
conserva recuerdos bien luctu-
tosos. Durante el presente
siglo, ha descansado y descansa
el formidable coloso, lo que
no le impide lanzar constan-
tamente su humo y su lava,
desahogando así lenta y conti-
nuadamente el inmenso ma-
terial candente que guarda en
sus entrañas. Esta expectora-
cion diaria, guarda á la ciudad
la cual teme cuando el gigan-
te calla.

Riobamba es una poblacion
antigua, y era la capital de la
Provincia de Puruhá. Sus ré-
gulos fueron poderosos, y no
pudiendo los Shiris conquis-
tarlos, buscaron alianza me-
diante el enlace de la hija del
último de los Shiris, con Du-
chicela hijo de Condorazo. Ya
hemos referido en otra parte
esta historia que parece una
novela y hemos contado que
el último de sus régulos mu-
rió como los atletas antiguos,

labrando á su medida un se-
plucro sobre el granito de una
de sus montañas.

Riobamba contaba sesenta
mil habitantes, y constaba de
tres poblaciones unidas entre
si. Las guerras durante la co-
lonia, y los terremotos que la
han azotado constantemente,
han reducido su poblacion y
caserio. Hoy se halla construi-
da tres leguas al oeste de la
situacion que ocupaba la an-
tigua y célebre capital del
Puruhá; está á 2798 metros
sobre el nivel del mar, y goza
de una perpetua primavera,
pues el término medio de su
temperatura es de 13 grados
del centígrado.

En 1545, el virey Blasco
Nuñez llegó á Riobamba,
constantemente seguido por
Gonzalo Pizarro, con quien
habia sostenido luchas san-
grientas, durante aquella épo-
ca del coloniaje en que cada
dia había un combate, entre
los españoles y los indios ó de
los españoles entre si. Sospe-
chando el Virey que tres sa-
cerdotes de la órden de San
Francisco habian sido auxilia-
dores de Pizarro, los hizo
comparecer y les interrogó se-
veramente.

Sois cómplices de Pizarro,
les dijo, y sublevais á las gen-
tes en favor de ese rebelde
Defendeos.

—Somos inocentes, contesta-
ron ellos.

—Defendeos, porque vais á
morir.

—La defensa se halla en
nuestros rostros. Miradnos; decid
quienes están más pálidos; vos
que acusais ó nosotros que no
nos defendemos.

El virey se levantó pálido
en efecto, y se paseó con agi-
tacion durante algun tiempo.

Dad garantias dijo.

Uno de los frailes tocó su
tosco sayal, y dijo.

Esta.

No basta, contestó el virey.

Dentro de ese hábito,
puede haber un corazon, dis-
puesto á la rebeldia: el hábito
no hace el monje

Bien habeis dicho, replicó
el franciscano. Los bordados
de oro de que estais cubierto,
no hacen al hombre mas justo,
ni le impiden errar. Nuestra
muerte no os salvará la que os
espera.

El virey saltó como una
leona herida.

—Venceré, dijo.

—El tiempo lo dirá.

Mientras tanto os voy á ha-
cer ahorcar.

Y los tres sacerdotes fueron
conducidos al campo de San
Blás, donde se levantaba la
horca para los malhecho-
res. Este campo era extenso y
estaba cubierto de yerba. Al
llegar allí, el superior de los
tres dirigiéndose á la muche-
dumbre dijo:

Somos inocentes y morimos.
Mirad este campo, la tierra ha

hecho brotar de su seno las espigas hermosas, y las flores de hermosos colores y de grato perfume. Pues bien, este campo quedará estéril y ni una sola hoja saldrá de él. Acordaos de esto.

La prediccion del franciscano se cumplió: el campo quedó estéril, y se conoce con el nombre de Cachipamba.

Este capital tuvo titulo de ciudad, y escudo de armas concedido por el Rey, en 1623, y entre sus privilegios, el derecho acordado á su Cabildo hacer sus elecciones de un modo absoluto, sin necesitar de la confirmacion de la Real Audiencia, como era indispensable á todas las demás ciudades del reino.

Este privilegio fué conservado por muchos años. Pero como habia la condicion de que el elegido debia obtener la plenitud de votos del Cabildo, raro era que pudieran ponerse de acuerdo.

Un año, despues de haberse discutido durante muchos horas, sin éxito, acerca del que decia ejercer este importante cargo, uno de los miembros del Cabildo, levantándose, dijo en voz alta.

Doy mi voto para alcalde, por el Exmo señor Duque de Uceda, Grande de España de primera clase.

La sorpresa se pintó en todos semblantes pero lo más extraño fué, que el Du-

que de Uceda, obtuvo la plenitud de los votos; en consecuencia fué á España el nombramiento. El Duque de Uceda altamente satisfecho pidió al rey para Riobamba nuevos privilegios, que fueron otorgados y contestó al Cabildo aceptando el cargo, encargando á uno de los miembros del Cabildo del ejercicio de dicho cargo en su nombre, y adjuntando los nuevos privilegios concedidos por el Rey de España al errejimiento.

Riobamba ha sido patria de muchos hombres notables. Entre estos figuran los hermanos Peñafiel, los tres Alcocer, el P. Villarroel, doña María Duchicela, don Ambrosio Larrea, don Joaquin Larrea, don Jose Orosco, el Padre Velasco historiador, y tambien uno de los hombres más ilustres del Continente Americano, don Pedro Vicente Maldonado. Este último basta por sí solo para dar celebridad é inmarcesible gloria á un pueblo.

Don Pedro Vicente Maldonado, gran matemático, geógrafo profundo, distinguido escritor, gentil hombre de Cámara de S. M. Felipe V, honrado con la amistad de los hombres de ciencia del siglo XVIII, miembro de la sociedad Real de Lóndres, vió la luz primera en Riobamba el año de 1710, y murió en Lóndres á la edad de 38 años el día

17 de Noviembre de 1748. El Rey de España le dió el Gobierno de Atacames y Esmeraldas: Maldonado levantó los planos de todo el Reino de Quito y el de la costa de Esmeraldas, y asegura el sabio Dr. Teodoro Wolf, que, salvo errores insignificantes, son los planos más exactos que se han levantado hasta hoy de aquella region.

El célebre geógrafo y matemático de Riobamba, fué tambien un notable viajero. Acompañado de M. de la Condamine, recorrió los principales distritos del Oriente de esta República, y visitó el Amazonas hasta su desagüe en el Atlántico. Desgraciadamente la muerte vino á interrumpir sus trabajos cuando se hallaba en la plenitud del vigor y juventud, con harto sentimiento de los hombres de ciencia que en España, Alemania, Francia é Inglaterra, habian sabido apreciar sus talentos y vasta y sólida instruccion.

Corria el año de 1740. La tribu india de los avijiras, estaba en movimiento. Uno de los jefes, habia encontrado á un viajero blanco; éste le habia pedido permiso para pasar algunos dias en su tribu. El jefe permitió al viajero descansar algunos dias. Se le habia visto por un niño, y se le esperaba.

El viajero apareció. Los in-

dios le habian preparado un rancho, y le llevaron á él. El viajero se dejó conducir, y formando un semicírculo, todos los que le acompañaban, se sentaron delante de él.

Pocos momentos despues, el jefe principal, le dirigió la palabra en *quichua*.

—¿De dónde vienes, extranjero?

—Vengo de más allá de los mares.

—¿Qué quieres?

Descansar entre vosotros.

Los indios se consultaron, y el jefe contestó.

Concedido. ¿Qué más?

—Recorrer libremente las márgenes de este rio.

—Concedido ¿Qué más?

Que me proporcioneis algunos alimentos, pues los que tenia se me han concluido.

—Los tendrás. ¿Qué más?

—Nada más.

—Los indios se levantaron, y el jefe acercándose al viajero le puso una de las plumas de su tocado, en el sombrero. Esta señal, debia servirle de garantia, durante su permanencia en la tribu.

No la pierdas, le dijo el indio.

No la perderé, contestó el extranjero.

Al día siguiente era el amigo de toda la tribu, y adquirió sobre ella mucho ascendiente. Los jefes mismos le servian.

Así transcurrieron dos se-

manas. Al cabo de estos quince días, el viajero, hizo llamar á su rancho al indio más anciano.

Presentáronle un hombre que tenía 103 años, y sin embargo, veía como un joven de veinte, y se acordaba con la mayor lucidez de cuanto había pasado durante tan larga existencia.

El viajero le hizo sentar á su lado. Sacó unos collares de vidrio y los puso á su cuello: el indio se puso alegre como un niño.

—Estais contento?

—Sí.

—Están satisfechos en tu tribu de mí?

Mucho, desean que no te vayas.

—Tengo que irme. Pero antes quiero hacerte algunas preguntas.

—Pregunta: yo te contestaré.

¿Cómo se llama el río grande donde desemboca éste que corre delante de nosotros.

Se llama el *Marañón*.

—Lo has visto tú?

Muchas veces, y he recorrido sus orillas durante muchos días.

¿Qué tribus hay?

—Muchas.

¿Son feroces?

—Algunas.

—¿Puedo hacer este viaje sin gran peligro?

—Quizás!

—¿Creés que pueda suce-

derme alguna desgracia?

—Es posible. Hay naciones muy crueles y bárbaras.

¿Cuáles son?

—Los cunivos, los campas y sobre todo los Upatarinabas. Yo he vivido algunos años entre los primeros y fuí testigo de la muerte dada al Padre Richter, por el jefe de esa tribu.

¿Conociste al Padre Richter?

—Era un excelente extranjero, que había civilizado todas esas naciones, si no hubiera sido por el cacique Pure Upatarinabas. Este le odiaba, y logró atraer al cacique cunivo, y á otros jefes, y de una conferencia entre ellos, quedó decidida la muerte del Misionero, y la de todos los extranjeros que le acompañaban. Así lo hicieron, y las víctimas que llegaban á doce fueron sacrificadas. Mala raza; mala raza.

¿Y no se han civilizado desde entónces?

Nada. Hoy son tan crueles y feroces como hace sesenta años.

¿Qué otras naciones háy?

El indio, tomo un poco de polvo en su mano, lo puso en la del extranjero, y le dijo

Cuenta estos granos de polvo.

Es imposible, contestó el viajero, son infinitos.

Pues así es imposible contar las naciones del *marañón*. Y levantándose y estendiendo la mano:

De un mar á otro mar. Como las arenas, como las hojas de los árboles como las gotas de agua del Napo.

El extranjero meditaba.

Y ¿hay tribus de mujeres, que huyen de los hombres, que no los admiten en su compañía?

No las he visto, pero he oído á un cacique de *Omaguas* que estuvo con ellas. Ese cacique de *Omaguas*, aun puede vivir.

El extranjero preguntó.

¿Dónde puedo hallarlo si aun vive?

A las orillas del *marañón*, pero lejos, muy lejos de aquí. Tal vez veinte días de marcha.

Quiero ir á verlo.

Puedes hacerlo. Esa nacion no es cruel. Ama á los extranjeros, y ha construido balsas y canoas, con las que casi ha llegado á las aguas saladas.

¿Puedo ponerme en marcha ahora mismo?

Si, pero tienes que correr grandes peligros. Torrentes, abismos, tribus pérfidas de las orillas.

—Correré esos peligros.

—Puedes morir extranjero

—No: no he de morir.

—Anda pues: yo te daré una piedra, que te será muy útil: llévala siempre contigo.

—¿Qué piedra es esa?

—Se llama piedra de las *Amazonas*, nombre que ha

tú, y que visitó estas regiones. Esta piedra perteneció á las mujeres de la tribu que tú buscas.

—¿Quién te la dió?

—El cacique de los *Omaguas*.

Y el indio le presentó una piedra azul, transparente, como la turquesa.

El extranjero se levantó y anunciando á los demás indios su intencion de continuar en el mismo dia su marcha, se despidió de ellos, dejándoles algunos regalillos, y recibiendo en cambio provisiones que debían servirle para alimentarse durante algunos días.

Quince días despues, el viajero aun no había llegado á la mitad de su exploracion. Había visto, es verdad el *Marañón*; había recorrido vastos territorios, pero todavía estaba distante la tribu *Omaguas*, que él deseaba encontrar.

Le acompañan dos indios, y cada dia pretenden disuadirle de continuar su marcha. Pero el intrépido extranjero sigue adelante sin vacilar, seguro de un buen éxito.

Por fin, al cabo de un mes de viaje, llegó rendido de cansancio á las fronteras de la nacion *Omaguas*. El *Marañón* en esta region está sembrado de islas, de la mayor fertilidad y lozanía. Encantado á la vista de tan hermoso espectáculo, olvida sus fatigas y sus trabajos, se encamina lleno

le esperanzas á un grapo de indios que habian formado una especie de *rancherio*, y les pregunta donde se halla.

Los indios le miran asombrados y le contestan en un idioma desconocido. El insiste en hablarles en quichua. No le comprenden. Por último uno de ellos, acúde corriendo habla con el viajero y le asegura que se encuentra cerca de la poblacion de San Joaquin de Omaguas, y que en dos horas puede hallarse en ellas.

La larga navegacion, habia agotado las fuerzas del explorador, pero no vaciló en continuar su camino; siguió á lo largo de las orillas el curso del caudaloso rio, y en fin el dia 13 de Noviembre de 1740, pudo llegar á San Joaquin, donde resolvió permanecer algunas semanas.

Los Omaguas son los fenicios de las tribus americanas, dice un escritor. Y en efecto, ninguna de ellas ha emprendido en viajes más dilatados á travez del inmenso continente americano. Desde las fronteras del Brasil, casi á las orillas del Atlántico, hasta el Paraguay que linda con las pampas argentinas, han hecho correrías de más de 1500 leguas explorando todos los afluentes del rio mayor del globo. Los Omaguas han estendido su dominacion hasta el territorio *guaraní* y son conocidos por ser un pueblo industrial y activo.

Su frecuente trato con extranjeros les ha dado cierto grado de civilizacion de que carecen sus vecinos y las numerosas misiones que se han establecido en esas comarcas, han contribuido poderosamente al desarrollo intelectual y aun comercial de sus habitantes. Conocen la religion cristiana y les gusta, y respetan á los sacerdotes que se internan con el objeto de establecer poblaciones, y se unen á ellos y les obedecen.

San Joaquin de Omaguas, era una de las más importantes, y contaba con un vecindario numeroso, que no bajaba de cinco mil entre hombres, mujeres y niños.

El viajero pues, se hallaba en una poblacion semicivilizada, y muy pronto pudo ponerse de acuerdo con un jefe, para obtener los datos que necesitaba.

El jefe le dijo:

En un pueblo que se llama *Coari*, existe un hombre, cuyo padre ha visto á las Amazonas —¿Dónde está ese pueblo? Cerca de aqui. Allí encontrareis tambien otro hombre blanco que recorre estos lugares.

¿Otro hombre blanco? ¿quién será?

—No sé pero puedes verlo.

—Dame un guia para ir á

Coari.

—¿Cuando quieres partir?

—Ahora mismo.

Está bien: mi hijo te acompañará.

El viajero continuó su marcha, y dos días despues llegó á la poblacion que se le habia indicado. En una choza, y sentado en el umbral se hallaba efectivamente un hombre blanco. El viajero avanzó; y poco á poco fué reconociendo al que estaba en la cabaña.

A diez pasos, ya no tuvo dudas.

Don Pedro Maldonado, gritó el viajero.

El otro hombre se levantó, y miran lo atentamente al que venia, se lanzó en sus brazos, exclamando.

M. de la Condamine vos aquí?

Los dos viajeros célebres en la historia, se habian conocido en Quito. M de la Condamine, nacido en Paris en 1701, fué nombrado en 1736 para medir un grado de latitud en el ecuador, y determinar el tamaño y figura de la tierra. Despues de estos importantes trabajos, resolvió visitar el Marañon y sus afluentes, con la intencion de regresar á Europa navegando el gran rio de América, hasta su desembocadura en la nacion Brasileira. Habiendo oido hablar de las Amazonas quiso investigar lo que habia de cierto en esta tradicion, y con este motivo emprendió el viaje que le ha conducido á *Coari*.

Don Pedro Maldonado, como hemos dicho ántes, nacido en Riobamba en 1710, habia consagrado toda su juventud al estudio de las ciencias matemáticas, dedicándose especialmente á la Geografía. A la edad de veinte y seis años habia recorrido todas las costas del Reino de Quito y levantado planos de tanta exactitud, que hoy despues de ciento treinta años son considerados como los mas perfectos. Su intencion era dirigirse á España despues de la exploracion que estaba haciendo.

Venid conmigo le dijo La Condamine: juntos visitaremos este rio célebre, como lo es el Ganges en la India. Veremos las tribus que habitan sus márgenes; sus aguas nos llevarán al Atlántico. Haremos el viaje de Orellana.

Y como él, quizas veremos las Amazonas.

Hace dos meses que las busco. Me han dicho que aquí habita un americano cuyo padre estuvo en su tribu.

Ya ha muerto, de edad de ciento tres años. Su hijo que hoy cuenta setenta me ha referido la historia de su abuelo ¿Y qué dice?

Asegura que en la boca del rio Purus encontró su abuelo cuatro mujeres Amazonas. Estas mujeres, tienen su reina, y defienden la integridad de su

territorio con valor. Solo entra allí el que tiene en su poder la piedra de las Amazonas.

¿Será esta? dijo la Condamine, mostrando á Maldonado la piedra que le habia dado el cacique indio.

La misma. Hé aqui otra. Y Maldonado exhibió un segundo ejemplar de la curiosa piedra.

—Entónces, provistos de nuestro talisman, bien podemos hallarlas.

—Me parece difícil. El mismo indígena asegura que esa tribu de mujeres, se ha internado en el continente, hasta el rio negro.

—Iremos al rio negro.

—Si hubiera probabilidad de encontrarlas, no vacilaría. Pero atenciones imperiosas me llaman á Europa. Debo hacer grabar en Paris los mapas que de esta seccion del Continente he trazado.

Os acompaño. Yo tambien debo presentar mis trabajos á la Academia de ciencias; llevo diez años de exploraciones.

Tenemos que recorrer algunos centenares de leguas antes de ver las aguas del Atlántico. Puede ser, que entre las muchas tribus que encontraremos, obtengamos algunos nuevos datos sobre las Amazonas.

Ambos viajeros, hicieron juntos ese viaje inmenso, y segun la relacion que de él hicieron no pudieron hallar

vestigio alguno de la célebre tribu. Talvez se habia extinguido. Es verdad que desde la época de Orellana habian transcurrido casi doscientos años. Durante aquel tiempo pudo desaparecer la tribu. Este viaje de Orellana es célebre, y lo referiremos oportunamente.

Cerca de Riobamba existía una poblacion señorial, llamada *Cacha*, en el territorio perteneciente á uno de los últimos duichicelas. En 1640, se hundió y desapareció enteramente dicho pueblo con todos sus habitantes.

Este acontecimiento, es de los más raros y sorprendentes, pues el hecho tuvo lugar sin erupcion volcánica, sin ruidos y sin movimientos. Dicese que el cura de esa poblacion habia salido con el sacristan á administrar el santo Viático á un enfermo de las cercanías, y cuando volvió no encontró el pueblo, ni el sitio donde habia estado. Solo aquellos dos hombres escaparon.

El Doctor Wolf, que visitó aquel lugar en Julio de 1871, dice que el valle formado tiene el aspecto de una caldera: su circunferencia es ovalada y su diámetro mayor, de una legua. Pero lo más digno de notarse es que dicho terreno continúa hundiéndose, lentamente, con ese hundimiento que los geólogos llaman *secular*.

¿A que se debió aquella catástrofe? Nadie puede saberlo. El pueblo tenia cinco mil habitantes; era hermoso y estenso segun Velasco, y sobre él se estiende hoy un terreno cultivado. Ningun volcan hizo oír sus ruidos: en el silencio se hundió para siempre, como desaparece un buque bajo las olas.

CAPITULO VII.

El Tungurahua—Su última y actual erupcion—La region del Tungurahua—Ambato—Su clima y su productos—Juicio de algunos viajeros sobre Ambato—Lo que ha sufrido por los volcanes que la rodean—El antiguo departamento de Mocha.

Si el Chimborazo es la más célebre de las montañas por su elevacion; si es el Rey de los Andes, como le apellida el príncipe de los poetas de la América Latina, el Tungurahua es la más bella y la más poética. Cono perfecto, nieves eternas en su cima, todos los climas. El Tungurahua es la montaña coqueta: se eleva 17, 808 pies sobre el mar, y en arrogancia no cede el puesto á ninguna. Tiene su penacho de plumas como el Cotopaxi, sus nieves como el Chimborazo, sus cascadas, sus rios. La region en donde domina con soberano imperio, es de las más bellas. Ambato descansa dentro de sus fronteras.

El Tungurahua, reposaba tranquilo, durante cerca de

una centuria cuando á principios del presente año comenzó una erupcion, que aun no termina. Las detonaciones se han oido en toda la República y torrentes de lava y ceniza ha vomitado de su crater. Felizmente no ha habido victimas, pero las estragos sobre las sementeras han sido grandes y millares de familias han quedado en la indigencia. El volcan dormido durante veinte lustros ha despertado violentamente, y ha dicho.

Aqui estoy.

No en valde estamos rodeados de una corona de volcanes. Son titanes terribles que alimentan en su seno, las materias ignívoras, que se elevan de profundidades desconocidas, hasta que llega el día en que estallan conmoviendo la tierra. Esa fermentacion formidable, trae la erupcion terrible. Fenómenos espantosos y espléndidos de la naturaleza que demuestran el poder del creador de los mundos. La erupcion de un volcan, como el fragor de la tempestad en los oceanos, tiene su lado grandioso como le tiene terrible; posee el brillo esplendoroso de la luz, y tambien la noche y el horror. Hiere el rayo que sale de la nube, así como abrasa la lava, que se eleva del crater: solo que en medio de esas convulsiones de naturaleza, que conmueven los oceanos y los continentes se vé al albatros, ju-

guetear sobre las nubes, recibiendo como una caricia las últimas moléculas de agua de la monstruosa ola que abisma á los bajeles, y al condor cruzar sobre los cráteres inflamados calentando apenas su blanco plumaje, mientras las ciudades se hundían con estrepito á impulso del terremoto que cambia la faz de los territorios.

Dios es grande hasta en sus más terribles manifestaciones he dicho un escritor.

Síguenos nuestra marcha,

De Mocha á Ambato el camino es cómodo. Después de tres horas de marcha se interrumpe á los ojos del viajero, la ruta que parecía continuar, y en una hondonada, aparece la coqueta capital del Tungurahua, con sus blancos edificios sus jardines y sus flores, y sus arboles cargados de dorados frutos; aparece como si una varita mágica hubiera creado de repente esa ciudad, como un encantador oasis en el desierto.

En efecto, Ambato produce muy agradable impresión, es bonita, aseada, blanca, poética perfumada.

Todo allí es bueno, el clima y los productos; más así como la sensitiva se oculta á todas las miradas, ella se oculta de trás de sus colinas para exhibir de una vez y en conjunto, todas sus bellezas.

Ida Pfeiffer (1) Hassaurk (2) Holinsky (3) Stevenson (4) el P. Kolberg (5) todos los

(1) The little town of Ambato is situated in á hollow of the plateau, and when seen from above lying amidst its gardens and fruit trees, affords á surprisingly pretty prospect. Y stopped several times to enjoy the pleasure of looking at it.

(2) The town of Ambato is not visible from á distance. It lies in á caldron and does not present itself before you are right above it. It is surrounded by steep and barren sandy mountains, almost without vegetation, but its aspect is very pleasing. It is á friendly green spot á smiling oasis in á desert, with houses peeping through numberless gardens, orchards, and clover-fields. It is famous for its fruit.

(3) Ambato est une ville propre et coquette; des ruisseaux limpides arrosent ses rues regulieres qui aboutissent á une place espacieuse. Al' horizon se projettent des vertes collines; la campagne est riante et accidentée de tous côtés. La population qu'on évalue á dix mille ames respire un air de bien étre. Le climat d'Ambato á la reputation d'étre excessivement sain, d'une fraicheur agreable et uniforme, il réalise un printemps perpétuel.

(4) Le relais suivant nous conduisit á la ville d'Ambato la route par laquelle nous y arrivâmes était irréguliere et désagréable, tant á cause de la rigueur du clima que par la difficulté des montées et des descentes; mais, nous nous en trouvâmes dédommagés lorsque nous vîmes le lieu ou nous dévions nous réparer. La ville d'Ambato est très agréablement située sur un côté de la rivière; les maisons et les églises sont en général propres et neuves..... Ambato jouit d'un climat tres doux et d'un sol très fertile.

(5) Un 6½ Uhr Abends zog unsere stattliche karavane in dem hübsch gelegenen Ambato ein: ein tiefer Felsenkessel, durchschitten von einer mächtigen

viajeros en fin que han visitado esa comarca tan hermosa, han tributado á la linda ciudad su admiracion, y se han ocupado de su clima, de sus productos, de sus alrededores tan feraces y tan bellos.

Ambato tiene una poblacion de 12 mil habitantes aproximadamente. Su proximidad á los volcanes, la ha hecho sufrir mucho en diversas épocas.

El P. Velasco refiere que el año de 1699, con motivo de la formidable erupcion del Carahuairazu, que produjo su estincion total, Ambato, sufrió considerablemente, sobre todo á consecuencia de una avalancha de alquitran, azufre y betunes, que se llevó hasta las ruinas, pereciendo una gran parte de sus pobladores. No quedaron sinó la iglesia y convento de San Francisco, por hallarse situados en parte alta.

En Ambato residía en tiempo de la colonia el teniente de todo el departamento de Mocha-Ambato, y el cura, con el carácter de Vicario del Obispo de Quito.

Refieren las crónicas que en esta ciudad, se encuentra

Quebrada, geschützt vor den erkältenden Winden, welche von den hohen Schneebergen herabstürzen. Von jetzt an sollten immer ziemlich anständige. Hotels und beherbergen, und das von Ambato war ohne zweifel das schönste und freundlichste von allen.

el sepulcro del Venerable Miguel Marco, enviado como misionero por San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus. El lugar destinado para su residencia era Quito, pero habiendo enfermado en Ambato, falleció en dicha ciudad en 1576.

Hoy la Provincia de Tungurahua comprende los cantones de Ambato, Pelileo y Pillaro conteniendo el primero las parroquias de La Matriz, Izamba, San Bartolomé Quisapincha, Pasa, Pilagüin, Santa Rosa, Tisaleo, Mocha, Quero y Chumaqui.

Ambato, por su dulce clima ha sido elegido varias veces, como punto de reunion de los diputados y han tenido lugar en ella algunas convenciones.

Ambato ha sido patria de hombres notables por la ciencia y por las virtudes.

Tambien ha nacido en ella el Maestro Cajas.

¿Quién es el maestro Cajas? se preguntará.

La celebridad se adquiere de muchos modos. Unos le conquistan por las armas, como Alejandro y Napoleon; otros por la ciencia, ejemplo Galileo y Newton; otros por las artes liberales, ejemplo Rafael y Miguel Anjel; otros por su elevada estatura, ejemplo doña Teresa de Quito, india de dos metros y medio de alto; otros por la baja, ejem-

plo Tom Ponce de tres piés y medio; otros por que comieron mucho, ejemplo Heliogáballo; otros por que no comieron, ejemplo el doctor Tanner; otros por sus fuerzas hercúleas, ejemplo Milon Crotona; otros por sus crímenes, ejemplo el Marqués de Sade y Desrues. El maestro Cajas, se hizo célebre por un par de botas, que fueron obsequiadas al Rey Jorge IV de Inglaterra. Y esas botas fueron regaladas por el maestro zapatero á un hombre mas grande que todos los reyes pasados, presentes y futuros, á Bolívar.

El maestro Cajas, estaba un día en su tienda, cuando acertó á pasar por allí, el Libertador de cinco naciones.

¿Óómo vá Maestro Cajas?

Bien Exmo Señor, contestó Cajas levantándose, y saludando profundamente al héroe.

—Y esas botas, para quien son? Permitidme examinarlas.

Cajas presentó las botas, y Bolívar dijo:

—Esto es una obra maestra.

—Si Señor, dijo Cajas con el orgullo del artista.

—¿Quién será el afortunado poseedor?

—Señor, respondió el maestro, solo un hombre en el mundo tiene derecho á usarlas, y ese sois vos. Os ofrezco mi humilde trabajo pero os aseguro que ningun rey de la tierra habrá calzado un par de botas como éstas.

Es evidente, dijo Bolívar, son una maravilla, y os doy las gracias.

Al día siguiente, las botas se hallaban en casa del Libertador.

Bolívar mandó hacer una caja de lujo, hizo guardar las botas, y las envió al Rey Jorge IV de Inglaterra.

El Rey admiró era obra maestra, y tambien la admiraron todos los zapateros de la Gran Bretaña. Ya veis que el Maestro Cajas, merece los honores de la celebridad.

Las botas además de su mérito artístico, indispensable, carecian de costura. Eran hechas con el cuello de dos llamas, y tenían la suavidad de la seda.

En la Parroquia de Santa Rosa, se encuentra el arenal de *Minarica* donde se dió en 1835 la batalla de este nombre.

Al pié del Tungurahua, se halla el pueblo de Baños, célebres por sus aguas termales, á la altura de 6,690 piés, y mas célebre aun por su arco llamado *Abra*, formado por dos inmensos obeliscos de altura prodijiosa, unidos en la cima, por un arco de piedra. No es posible verlo sin asombro dice el P. Velasco, y no habiendo pié humano capaz de subir á él, apénas hay aliento para mirarlo.

Tambien tiene Ambato, su gruta del perro, á las inmedia-

ciones del mismo pueblo de Baños, donde se encuentran muchos esqueletos de animales asfixiados por el ácido carbónico de la citada gruta.

Pero no podemos permanecer mucho tiempo en la Capital del Tungurahua. El arriero nos llama al amanecer del siguiente día, y forzo nos es ponernos en marcha.

Nos despedimos pues, de la ciudad de los duraznos, de las peras, de las frutillas, de las ciruelas, de los albaricoques, del escelente pan, del delicioso clima, de los bellísimos huertos y jardines, que podrian colocarse en Damasco, para seguir nuestro viaje al travez de un desierto inmenso, cuyo guardian es el Cotopaxi al pie del cual duerme la ciudad de Latacunga.

Mas antes de salir de la Provincia de Tungurahua, echamos una ojeada histórica, sobre esta tierra llena de recuerdos del pasado. Es un deber de conciencia que nos apresuramos á llenar. Su nombre suena en la historia de la conquista; y pertenece de hecho á esta region

La historia de la conquista, estas luchas sin tregua entre indios y españoles y de estos, entre sí, son poco conocidas del pueblo. Este sabe únicamente que los españoles vencieron á Atahualpa, que hubo casi tres siglos de coloniaje, y que en la aurora del siglo

XIX, estas inmensas regiones fueron conquistando poco á poco su independencia.

Estamos como hemos dicho en el lugar de sucesos de alta importancia histórica. Riobamba, Mocha, y los valles que se estienden entre los nevados, han sido el teatro de grandes escenas. Referir la historia con la severidad del historiador, es cosa grave: tomar uno que otro episodio, y darle lugar en estos apuntes, contribuirá á hacer menos monótona esta relacion.

Entre los españoles que han figurado en la historia de la conquista, se halla don Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatemala, á quien ya hemos citado. Este hombre gozaba de gran prestigio entre los indios, á causa de sus cabellos rubios, y los hijos de Méjico, le llamaban el Capitan del Sol.

Alvarado se hallaba un día en su despacho, y combinaba un plan vastísimo, delante de uno de sus compañeros.

Es preciso conquistar el reino de Quito, dijo.

¿Óómo? le preguntaron.

Muy sencillamente Me apodero de los bajeles de la flotilla de Rojas, me embarco con quinientos hombres, llevo á las costas del Sur, desembarco, marchó á paso redoblado, si encuentro enemigos los venzo, paso adelante, y entro en

Quito, con cinco mil hombres. Nada mas fácil.

—¿Y Pizarro?

—Pizarro se quedará en el Perú. Bastante tierra tiene.

—El plan es bueno, solo que tiene un inconveniente.

¿Cuál? interrogó Alvarado.

—Este. Encuentras los bajeles, te embarcas con quinientos hombres, llegas á las costas del sur, desembarcas, si encuentras enemigos, pueden vencerte, pasas adelante, porque te hacen adelantar, y entras en Quito, rodeado de indios numerosos, para que no te escapes, y despues....

—Eso no es posible.

—Quizás!

—Quien no arriesga, no pasa el mar.

Poco tiempo despues Alvarado, se hallaba en Porto Viejo, y emprendió su marcha á Quito, en Marzo de 1534.

Grandes dificultades tuvo que vencer para atravesar la region pantanosa de la costa, y abandonado de su guia, quedó encerrado entre bosques desconocidos. Pero Alvarado no era hombre de arredrarse por nada.

El hambre vino á atormentarlo con sus compañeros y durante muchos dias se alimentaban con la carne de sus caballos, llegando en algunas ocasiones á comerla cruda.

Alvarado resistió todo: el sol, las lluvias de Marzo, que son torrenciales, los insectos y

la fatiga durante aquellas espantosas jornadas.

Mas, las lluvias cesaron, y ascendiendo, llegaron á las montañas Arcabucos, donde la gente pensó morir de sed.

Alvarado era un hombre superior. Nada le arredraba, y la perspectiva sombría que le amenazaba, infundióle nuevo vigor. Mientras sus soldados pedian á gritos agua, él dominando la devoradora sed que le atormentaba, avanzó solo una tarde por entre los árboles de la selva. De repente vé unas cañas de gran diámetro se apoya en una de ellas y la encuentra fria y húmeda: corta un pedazo y sale el agua. Medio loco, acerca á sus labios aquel líquido.

¡Era agua pura!

Corre entónces avisa á su gente, y ésta comienza á cortar con una especie de frenesí, las cañas del bosque, repitiendo con desesperacion:

Agua! agua! agua! agua!

Alvarado avanza. Un dia contempla con pavor el cielo. Este se cubre de nubes de siniestro aspecto: no es agua la que contienen, y pronto una lluvia de ceniza y tierra comienza á caer en abundancia. Los hombres que le acompañan vacilan, y Alvarado encuentra resistencia en los expedicionarios para seguir adelante.

—El cielo está contra noso-

tros, dijeron y es necesario ir atrás.

Adelante! dijo el jefe, adelante!

La tierra nos ahoga! contestaron.

Arriba pues, para no ahogarnos. Esta es ceniza de algun volcan: es un fenómeno de la naturaleza como todos.

Y siguió intrépido su marcha. Despejóse el cielo, y despues de atravesar las regiones selváticas de la costa, comenzó á escalar las montañas nevadas.

Aqui le esperaba otro enemigo formidable, el frio. A pesar de las precauciones que tomó, su gente, sufría con la bajísima temperatura de aquellas alturas. Sesenta hombres quedaron muertos, víctimas del frio. Uno de ellos, compañero y amigo de Alvarado, hacía ese viaje terrible acompañado de su esposa y dos hijas de tierna edad.

Las dos criaturas, desfallecidas, ahogadas por aquella nieve menuda que cubria la atmósfera, se sentaron al fin y rehusaron seguir adelante. El padre levantó del suelo á las niñas, y con esta carga, continuó subiendo. Mas la esposa á su vez, cayó en tierra, y dijo:

No puedo mas.

El hombre entónces depositó las dos niñas al lado de la madre, y sentándose entre ellas dijo:

Moriremos los cuatro.

Alvarado trató de reanimarlos: era imposible.

Dos horas mas tarde, aquellos cuatro séres, unidos por los vínculos mas estrechos, eran cuatro cadáveres, mientras Alvarado seguía su fatigosa marcha, con la energía de la desesperacion.

Al fin vióse en tierra habitada, habiendo perdido casi dos mil indios, y una cuarta parte de los soldados españoles que le acompañaban.

Mas una cruel decepcion le esperaba. Al llegar á la region superior, lo primero que vió fueron huellas de caballos. Púsose pálido, y dirigiéndose á sus compañeros, dijo:

—Estoy perdido: otros españoles han pasado por aquí.

—Lo suponiamos, le contestaron.

—Ya es tarde para retroceder; es necesario continuar la marcha.

Alvarado llegó á Mocha, y se instaló en aquel lugar resuelto á morir ó á entrar en Quito.

Una noche, se hallaba meditando sobre las consecuencias de su aventurera expedicion, cuando vió dos hombres que se acercaban á él. Avanzó á su vez, y con aquella intrépidez que le caracterizaba, fué el primero en hablar.

—¿Quiénes sois? dijo:

—Somos dos indios de estas regiones, contestó uno de

ellos. Yo me llamo Felipillo, y he acompañado á los españoles desde el dia en que entraron en estos reinos.

Luego ya esto se halla conquistado.

—Todavía no. Los indios luchan diariamente, y solo necesitan una cabeza que los dirija. Esa serás tú.

—¿Y quién te abona?

—El gran prestigio de que gozo en estas comarcas. Yo conozco á todos los caciques, á todos los jefes de tribu: todos estarán á tus órdenes, y conquistaremos el reino de Quito.

—¿Quién te acompaña?

—Un cacique de Puruha.

—¿Qué propone?

—Hacerte vencedor de tus enemigos.

—¿Dónde están los Jefes?

—En Riobamba.

—¿Cuántos hay?

—Dos. Almagro y Benalcazar.

—¿Les servias tú?

—Sí.

—¿Y les abandonas? ¿Sabes que esta es una traicion?

—Una venganza contestó Felipillo. Aprovéchate de la mia.

—¿Qué me ofreces?

—Los soldados que acompañan á los jefes de que te hablo son poco numerosos: esta noche puedes batirlos. El cacique de Puruha, que está aquí, te acompañará y te ofrezco que los demás caciques te ayudarán.

Está bien, dijo sensillamente Alvarado.

Y aquella noche misma emprendió con su gente, la marcha á Liribamba, resuelto á atacar á los jefes españoles.

Almagro, á pesar de su reducida tropa, hizo frente y una lucha terrible, hubiera tenido lugar, sin la intervencion del licenciado Caldera, compañero de Alvarado.

¡Qué vamos á hacer! dijo: ¡Destruirnos! La América es muy grande, y hay lugar para todos. Hemos venido á conquistar estos países y no á luchar entre nosotros. Dejadme este asunto y yo arreglo la paz.

Y provisto de plenos poderes pasó al campamento de Almagro.

Este por su parte, se hallaba tambien dispuesto á un convenio, y Caldera, no tuvo inconveniente en combinar las bases, que consistieron en la entrega de cuatrocientos mil pesos á Alvarado, y que este regresara con su gente á Guatemala.

Mas como el dinero no podia proporcionarlo Almagro en el momento en Riobamba, acordóse que éste, iría con Alvarado á San Miguel.

Durante este viaje, Alvarado manifestó deseos de conocer á Pizarro, y Almagro ofreció que tendrían una entrevista en Pachacamac, donde se hallaba el conquistador, y

con este motivo, se dirijieron á aquella ciudad.

Cosa digna debió ser la entrevista de aquellos dos hombres ambos valientes, ambos esforzados, ambos audaces, y ambos de fama. Pizarro contempló al capitán de Guatemala hermoso como el Apolo antiguo, y Alvarado, vió en Pizarro al héroe del Perú, de alta estatura y de magestuoso continente. Aquellos hombres se estimaban, y la conferencia que tuvieron les dejó satisfechos.

Alvarado entregó la flota que le habia llevado á las costas del reino, y recibió los cuatrocientos mil pesos, que debian satisfacerle para su regreso.

—Solo me falta una cosa dijo Almagro, al despedirse de Alvarado.

—¿Cuál?

—Descuartizar á Felipillo. Ese hombre es un infame.

—¿Sí?

—Traidor á Atahualpa, alzó las repuestas del Inca; traidor á nuestra causa, se pasó á vuestro campamento, y os habria traicionado tambien. Ese hombre debe morir.

—No ahora intercedo por él.

—Por vos no lo haré. Pero en la primera que haga, le mando descuartizar.

—Entónces nada digo.

Y aquellos hombres se separaron.

No pasó mucho tiempo, sin

que sucediera lo previsto. Felipillo entró en la conjuracion de Manco Capac, y descubierta, fugó. Le prendieron, y Almagro le mandó hacer pedazos.

Tal fué el fin de Felipillo. Concluimos este capítulo, con algunos apuntes sobre el Tungurahua, tomados, de estudios hechos por el doctor T. Wolff.

La palabra *Tungurahua*, no es quichua, como el *Chimborazo*, ó el *Rumiñahui*. Ignórase cual es su origen, y es probable que sea proveniente de una lengua caribe, perteneciente á los caras que invadieron la costa occidental, y que se apoderaron del territorio de los Quitus. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que el Tungurahua, ha sido desde tiempo inmemorial un volcan terrible, y que hoy como hemos dicho despues de un siglo de descanso ha vuelto á despertar con tanto furor como en la época antigua.

La primera erupcion de que se tiene noticia, ocurrió probablemente en 1565. La segunda en 1641; la tercera en 1772; la cuarta en 1776; y la quinta en 1781. Desde entónces ha permanecido en reposo durante 105 años, hasta este año de 1886.

CAPÍTULO VIII.

Siempre á caballo—De Ambato á Latacunga—Esterilidad de los valles! El Cotopaxi—Erupciones de este volcan—El Padre José de Cares—Prediccion—Ruina de Latacunga—El terri-

torio de este nombre—La Provincia de Leon—Embajadores de los Colorados—El Padre Onope—Anécdota.

D. Ambato á Latacunga, la distancia es de cinco leguas aproximadamente, por cuya razon regularmente los que salen de la capital del Tungurahua, rinden su jornada en Machache, ó cuando menos á Mulaló. Pero nosotros que deseábamos visitar detenidamente la ciudad de Latacunga, notable por muchos conceptos, determinamos que nuestra jornada no fuera mas allá de ésta poblacion.

El camino es triste. La vegetacion desaparece poco á poco; las montañas son áridas; un desierto como el de Sahara nos circunda. El Cotopaxi, ejerce su influencia á muchas leguas de radio, y ha quemado con su destructora lava hasta el gérmen del mal débil arbusto. Expectáculo siniestro, pero de una silvaje grandeza.

Salvamos en tres horas la distancia que me lia entre las dos capitales, y entramos en Latacunga, á las 11 del dia.

Esta ciudad se halla situada á 9170 piés sobre el nivel del mar, y á 22 millas aproximadamente del Chimborazo. El rio *Outuchi* la baña, y su poblacion se eleva á 15,000 habitantes.

Llactacunga, fué una ciudad floreciente en tiempo de los Incas. Poseía un palacio real, un templo al sol, y un monasterio de vestales consagradas al culto de este astro, de quien suponían descender los incas.

En 1534, fué reconstruida por los españoles, en cuyo tiempo llegó á tener una poblacion de 25,000 almas.

El correjimiento de Latacunga, comprendia muchos pueblos, entre ellos el de Angamarca, de quien nos ocuparemos.

Hoy la Provincia de Leon consta de dos cantones, que encierran 24 parroquias.

Latacunga es una ciudad excepcional: no se parece á ninguna otra. Sus calles están construidas con piedra pomez; sus casas, se edifican con piedra pomez; sus fuentes son hechas de piedra pomez. El volcan ejerce su influencia en los edificios, en los animales y en los hombres.

Hacer una reseña de las distintas catástrofes de que ha sido víctima esta ciudad, á causa de las erupciones del Cotopaxi, exigiría volúmenes. Sin embargo, están tan íntimamente ligadas á su historia, que se hace indispensable decir algo á este respecto.

El primero que registran las crónicas, después de la conquista ocurrió el año de 1629. Un incidente le hace notable, incidente que vamos á referir. Esta catástrofe no se atribuye al Cotopaxi, como lo veremos, pero produjo la ruina completa de la ciudad. Ahora véase la crónica.

Corria el año de 1692. La ciudad de Latacunga situada casi al pié del Cotopaxi, ha-

bia sufrido varias veces las terribles consecuencias de tan formidable vecino. Mas de una pared tenia grietas profundas, mas de un edificio estaba rendido, mas de una calle hundida.

Celébrase aquel año la fiesta de San Juan con mas solemnidad que la acostumbrada, y habia anuncios de ocho dias de fiestas de toros, de comedias, máscaras y otras diversiones.

Era Rector del Noviciado de la Compañía de Jesus, el P. José de Cases, quien en el púlpito improbó altamente aquellas diversiones profanas, que llevaban consigo juegos, embriagueces y otros escándalos, amenazando con la ira de Dios á los que persistieran en honrar á San Juan de un modo tan poco adecuado á una sociedad cristiana.

Esta filípica disgustó á algunas personas que tenian vinculada en aquellas fiestas la esperanza de un regular lucro, y resolvieron dar por la noche al predicador una famosa cencerrada á fin de asustarlo, y si era posible hacerle ausentar de la ciudad.

La cencerrada tuvo lugar en efecto, con su acostumbrado acompañamiento de cajas, quijadas, cuernos y otros utensilios. El Padre con resignacion cristiana, soportó el asalto, y permaneció encerrado toda la noche. Los autores de

la cencerrada satisfechosse retiraron á altas horas de la noche, dispuestos á repetir la fiesta al siguiente dia. Este siguiente dia era Viernes 22 de Junio, y el P. Cases, fué á predicar un panejirico á la Iglesia de las Carmelitas descalzas.

La concurrencia fué inmensa, pues la festividad era de primera clase. Durante el panejirico tuvo un momento de inspiracion y dirijiéndose al auditorio, dijo con voz imponente.

“Bien sabéis hermanos míos, que las fiestas que se celebran en esta ciudad, no son fiestas religiosas sino profanas. He aconsejado ayer al pueblo, no ofenda así la memoria del Señor, y vuelva sobre sus pasos; pero en lugar de oír mis consejos, ha pretendido burlarse de mis palabras y de mi humilde persona, como consta á toda la poblacion.

Oíd pues mis palabras y grabadlas si queréis en vuestros corazones; ú olvidadlas. Dia llegará no muy lejano en que esta ciudad, será víctima de un azote tremendo; sus edificios caerán y se confundirán con el polvo de la tierra; sus torres vendrán al suelo con pavoroso estrépito; una lluvia de cenizas ocultará al sol, y en noche lóbrega andareis buscando entre las ruinas á vuestros deudos, y no los encontrareis. Jamás en los ana-

les de vuestra historia se registra un cataclismo semejante, ni se registrará en el futuro. Yo no veré tan espantosa catástrofe, porque estaré descansando en el seno de Dios, pero os advierto que tendrá lugar el año próximo, en uno de los días de las fiestas de San Juan."

"El resultado será funesto: aplacad con vuestras oraciones y vuestra humillacion la justa indignacion del Señor. Os repito hermanos míos, de toda la ciudad de Latacunga, solo quedará en pié, este púlpito y ese altar."

El predicador bajó, y el fruto de su fervorosa plática, fué una nueva encerrada que duró toda la noche.

Pasó un año, y llegaron nuevamente las fiestas de San Juan, que se celebraron con mayor algazara, libertinaje y escándalo.

El día 29 de Junio, á la una de la mañana, los habitantes despertaron despavoridos, al sacudimiento terrible que hizo vacilar los edificios. Gritos de terror se escapaban de todos los pechos y promesas de reformas y actos de contricion se oían por todas partes. Ya era tarde.

A las cinco de la mañana el sol iluminó una escena de horror. La ciudad de Latacunga yacía en ruinas; diez mil cadáveres habia entre sus escombros; solo quedó en pié

el púlpito donde el sacerdote profeta habia anunciado la catástrofe, y el altar del templo de las camerlitas.

El Carahuairazu vecino del Chimborazo, mas elevado y mas formidable que éste, en aquella noche, á impulso del fuego subterráneo, habia caído al suelo en fragmentos.

La prediccion del sacerdote se habia cumplido.

El año de 1744, tuvo lugar una erupcion formidable anunciada tambien por el Jesuita Saldaña, segun el P. Velasco. Murieron mas de cuatrocientas personas, y la Iglesia de la compañía una de las mas célebres del reino, se redujo á escombros, quedando solo el altar, con la custodia, y todas las velas encendidas inmortales.

En 1768, la explosion fué anunciada por monstruosas columnas de humo y fuego, que fueron seguidas de un terremoto y una lluvia tal de cenizas, que el día se convirtió en noche, y los habitantes de las ciudades vecinas, tuvieron necesidad de encender linternas en las calles y en el interior de las habitaciones (1).

En 1800, se vió el extraordinario espectáculo, del cono de cenizas iluminarse durante una noche, como un gigantesco faro, que iluminó todas las comarcas circunvecinas (2).

(1) Hassaurek.

(2) Humboldt.

El Baron de Humboldt refiere que en el año de 1803, las detonaciones del volcan se oyeron en esta ciudad de Guayaquil, y produjeron tal conmocion que rompieron los vidrios de las ventanas. La distancia es de cincuenta y dos leguas.

Ya se vé que el Cotopaxi es un mal vecino, y que Latacunga no debe estar tranquila aun cuando sus casas esten construidas con piedra pomez.

Hemos dicho que una de las parroquias mas célebres de la Provincia de Leon, cuya capital es la ciudad de que nos ocupamos, es Angamarca, y vamos á probarlo.

Corria el año de 1592. El Señor Marañon Presidente de la Real Audiencia de Quito, acababa de levantarse de la mesa, cuando le anunciaron que una embajada india, pedia audiencia. La concedió inmediatamente, y pasó al salon de su despacho á recibirla.

Seis indios, adornados de vistosísimos plumajes, pintados de rojo y acompañados de un intérprete, penetraron en la sala de audiencia, y se mantuvieron inmóviles como estatuas de bronce.

¿Quiénes sois y qué queréis? dijo el Presidente.

El intérprete tomó la palabra y dijo:

Somos enviados por la tribu de los Angamarcas, situada en los confines de este territorio,

y próxima al mar. Somos un pueblo numeroso, aquién el azote de la peste ha visitado haciendo numerosas víctimas. Vivimos en medio de bosques húmedos, en clima ardiente. Mas, á pesar de todo aun somos fuertes, y podemos contar con treinta mil guerreros. Venimos á ofreceros nuestra amistad y alianza, y á ponernos bajo vuestro dominio, mas en cambio pedimos al Padre Onofre.

¿A quién?

Al Padre Onofre.

El Padre Onofre era un sacerdote jesuita, que habia establecido diferentes misiones, con el mayor éxito, debido á la bondad de su carácter, á su cariño con los indios y á su intachable conducta.

¿Queréis al Padre Onofre? Esperad.

Y llamando á uno de sus empleados, hizo venir á palacio al Rector del Colegio de los Jesuitas.

Aquí teneis Padre, dijo el Presidente de la audiencia, á esta embajada de la tribu de Angamarca, que viene á pedir al Padre Onofre, ofreciendo su amistad y alianza si se le concede lo que pide. ¿Os negaréis?

¿Y para qué, queréis al Padre Onofre? preguntó el Rector.

Porque él, puede contener el azote que nos devora; porque él civilizará nuestra tribu,

como ha civilizado otras : porque el en fin, es una garantía para nosotros.

Está bien, dijo el Rector; el Padre Onofre irá con vosotros, pero habéis de cumplir lo que ofreceis.

Lo cumpliremos.

La tribu se organizó con la llegada del Padre Onofre, y subsiste aun con el nombre de "Colorados," por la costumbre de untarse el cuerpo con *achiote*, y se halla en los confines de los rios del Daule, donde hay una pequeña poblacion bajo el nombre de Santo Domingo de los colorados.

Latacunga ha sido patria del V. Sebastian, Jesuita, uno de los misioneros que mas contribuyeron á civilizar las tribus que se hallan en las orillas del Marañon. Tambien lo ha sido del distinguido matemático Flores, de Vivero, y de Leon. (Vicente,) quien hizo grandes servicios á su ciudad natal, dotándola principalmente de un afamado colegio, que cuenta hoy con mas de cien mil pesos para su sostenimiento : acto filantrópico, que motivó dar su nombre á toda la Provincia.

Latacunga posee un magnífico gabinete de Química, el mejor de la República, y en ella hay establecidos las máquinas y aparatos necesarios para la fabricacion de la pólvora.

CAPÍTULO IX.

Salida de Latacunga—El Cotopaxi—La cabeza del Inca—Juicio de Humboldt—Altura del Cotopaxi—Sus mas famosas erupciones—Los Jíbaros.

Ya es tiempo de despedirnos de la capital de la Provincia de Leon y continuar nuestra marcha, acercándonos al Cotopaxi montaña célebre, cuyas erupciones, han sido tan funestas.

El camino es monótono, triste. La cordillera como que nos oprime con su peso : esa imponente soledad, esa trepidacion del camino, debida á la respiracion del volcan ; esa columna de humo que se eleva sobre el cráter, producía en nosotros una impresion que semejaba al espanto. Quería atravesar esas cordilleras con la rapidez del pájaro que hiende los aires, y trasportarme á otras regiones, donde poder contemplar flores, frutos, el agua límpida de los arroyos, el murmullo de los rios, y aun la voz imponente de las olas del océano. Pero no ; en lugar de todo eso, el cráter que vomita llamas, las quebradas profundas, los torrentes, las piedras calcinadas del volcan, donde puede ocultarse un pueblo, el desierto mas allá ; las arenas, la escoria, el betun, la ceniza. Cuadro inmenso, bello á pesar de su aspecto desolador, y siniestro, y talvez por eso mismo.

Avancemos sin embargo. El sol nos abruna con sus rayos de fuego ; ya estamos cerca de la capital de la República : un esfuerzo mas y habremos llegado.

Ya que estamos casi al pié del Cotopaxi, estudiémosle algo ; bien vale la pena de hacerlo.

El cotopaxi, medido trigonométricamente, tiene una altura de 18,000 piés. Tiene una figura cónica, casi regular, cortada en la parte superior. Al sudeste de la cima, hay una masa de roca, que tiene la forma de un bote. Esta masa se llama la "cabeza del Inca," y acerca de su origen hay dos tradiciones. La primera es la de que dicha roca es la cúspide de la montaña, que cayó durante la primera erupcion ; pero sin determinar la época ; la segunda admite el mismo hecho, pero fija el acontecimiento hácia el año de 1533, cuando Atahualpa fué entregado en Cajamarca.

Hay una tercera tradicion muy curiosa, que afirma, que un aerólito, encontró la cúspide del volcan, y partiendola con el choque, la hizo rodar por la pendiente á la altura en que hoy se encuentra.

El Baron de Humboldt, niega la posibilidad de estas hipótesis. A su juicio, la cabeza del Inca, es simplemente un levantamiento de la super-

ficie, en el sitio en que se halla.

Habiamos llegado al punto del camino, mas próximo á la montaña, y determinamos hacer alto. Descendimos de los caballos, tendimos las mantas, y nos sentamos á descansar, y á tomar un frugal desayuno.

Pocos momentos hacía que nos hallábamos en tan grata ocupacion, cuando un viajero que venia del Norte, se acercó á nuestro campamento. Nos saludamos é iba á continuar su camino, pero le invitamos á descansar un momento. A nuestras reiteradas instancias, aceptó, y apeándose del caballo vino á nuestro grupo. Era un sacerdote de 40 años aproximadamente. Su tez tostada por los rayos del sol revelaba un largo viaje. Le ofrecimos nuestro almuerzo ; él sacó de sus alforjas algunas provisiones, y en comun hicimos una comida en que reinó la mayor cordialidad.

Le preguntamos de donde venía. El nos contestó que de visitar las regiones del Napo y del Amazonas. Habia recorrido todas las poblaciones indígenas que acampan á las orillas del Marañon ; habia visitado las tribus salvajes del Pastassa, y traia un tesoro de recuerdos. Despues de haber hecho una exploracion inmensa en esas regiones se consagró durante mucho tiempo á estudiar la tribu de los Jíbaros.

ros, nacion poderosa, y situada en tan ventajosa situacion; nacion que civilizada será una fuente inagotable de riqueza para el porvenir.

Pues que U. ha residido tan largo tiempo entre los Jíbaros, le dije, podrá U. poner de acuerdo á los historiadores respecto á la época en que tuvo lugar la rebelion de esta tribu. El P. Coleti, dice que fué en 1650. El P. Fuentes la pone diez y ocho ó veinte años antes. El P. Velasco, créa que fué antes del año 1631, y por último, se ignoran de un modo positivo las causas que motivaron ese levantamiento.

Puedo satisfacer á ustedes, pues tambien ha sido objeto de mis investigaciones. Los jíbaros, conservan la tradicion, y en mis largas peregrinaciones, he podido poco á poco ir descubriendo la verdad.

Los Jíbaros como ustedes saben, habitan entre los rios Chinchipe y Pastassa. Son una tribu numerosa y fuerte, mucho mas aguerrida que las otras, y tambien mas inclinada á la civilizacion. Son bien formados; hablan una lengua rica y sonora, y por muchos títulos puede considerárseles como la nacion mas avanzada de las que pueblan el oriente de esta República.

A fines del siglo XVI, los españoles habian fundado dos poblaciones que prosperaron rápidamente: Logroño y Se-

villa de oro. La primera llegó á contener hasta 20,000 habitantes y la segunda 16,000. Muchos colonos españoles residian en ambas poblaciones, y hacian magníficos negocios con las tribus de las comarcas vecinas, especialmente con los Jíbaros, quienes les llevaban oro en abundancia en cambio de artículos europeos de escaso valor.

Pero la codicia del último de sus Gobernadores fué causa de que esas dos poblaciones fueran destruidas, destruyéndose igualmente y evaporándose todas las esperanzas de porvenir para esas fértiles y ricas regiones.

En 1599, llegó un pliego del Gobierno de España, ordenando se celebrara con fiestas la noticia de la coronacion de Felipe III. El Gobernador de Macas, al dar publicidad á este documento, agregó por su parte un artículo, imponiendo una contribucion á todos los habitantes, colonos ó indígenas, contribucion costosa y que no les era fácil erogar.

Comenzó una fermentacion, síntoma seguro de insurreccion. El Gobernador, conociendo que la cosa podia pasar á mayores, hizo llamar secretamente á los principales colonos españoles, y les aseguró que la contribucion á que se refería el bando, no era forzoza sinó voluntaria; que dieran lo que fuera de su be-

neplácito, y que si no les era posible, no dieran nada. Esta conferencia inquietó á los españoles, y suspendieron su agresion. No así los indios sobre quienes gravitaba ahora solo el peso de la contribucion.

Quirruba, cacique de los Jíbaros, tomó á su cargo dirigir la rebelion, y encargó á los indios reunieran el oro que debian para las fiestas y lo llevaran á Logroño, donde debia ir el Gobernador á recibirlo. Se cumplieron sus instrucciones, y en la fecha citada por el Gobernador estaba reunida una suma considerable y en poder de Quirruba.

El Gobernador entró sin desconfianza en la ciudad, y los colonos le prepararon una espléndida recepcion y un gran banquete, que se prolongó hasta las altas horas de la noche.

Mas á las tres de la mañana, el grito de alarma se difundió por la ciudad, veinte mil indios la atacaron, y tomaron prisioneros á todos los españoles dándoles muerte sin dejar uno solo. Reservaron solo las mujeres jóvenes, haciendo una hecatombe horrible, é incendiando todas las casas una por una. En Logroño sólo hace ascender á cuatro mil el número de víctimas, y en la capital de Sevilla del oro, donde tuvo lugar una conjuracion semejante, y en la misma noche, los muertos llegaron á seis mil. Solo las mujeres jóvenes escaparon de esta

carniceria, y los indios las llevaron á sus ranchos. De ellas descende la mayor parte de la raza jíbara actual, cuyo tipo se asemeja mucho al tipo europeo. ¿Yel Gobernador?

En cuanto al Gobernador, la muerte fué horrible. Le llevaron atado de piés y manos al centro de la plaza; pusieron en un crisol todo el oro de la contribucion, lo fundieron y cuando estuvo líquido, hicieron tragar este oro, al pobre Gobernador hasta que se le reventaron las entrañas.

Quirruba, durante el tormento le decia:

Ahora no te quejarás de la falta de oro, pues estás lleno de él, hasta el cuello.

Esta escena espantosa tuvo lugar en 1599. Los Jíbaros la conocen por tradicion y la refieren á sus hijos.

Concluido el almuerzo, nos separamos, y él continuó su marcha hácia el Sur, alejándose del famoso volcan, mientras nosotros nos acercábamos mas aun, sobre un suelo desolado y en trepidacion constante. Esta monotonia del pasaje, y la tristeza que infunde, nos tuvo silenciosos durante algun tiempo.

Así continuamos nuestro viaje, al traves de aquellas soledades, hasta la seis de la tarde descansando al fin en Machache, poblacion insignificante hoy, pero que el Padre Velasco, designa con el nombre de Gran

Machache, y una de las mayores poblaciones del c6rregimiento de Quito. Machache posee aguas termales y ba6os de aguas medicinales 6 las cuales concurrían muchas familias españolas, durante la colonia. En aquel tiempo, se celebraba una feria semanal que rivalizaba con la de Ambato, feria que llamaba 6 aquel recinto 6 todos los indios de la comarca.

CAPÍTULO X.

Machache—Un nuevo compa6ero de viaje—Monta6as de primero, segundo y tercer 6rden—Las cercanías de Quito—Tambillo.

Pasamos una noche fatal. El frio intenso que me tuvieron despierto durante largas horas. Este insomnio forzado, me permiti6 oír en el vecino cuarto una voz masculina, que repasaba en alta voz los nombres de todos los grandes nevados ecuatorianos, su altura y condiciones geol6gicas, como un escolar que aprende la lección.

Chimborazo.

Otopaxi.

Iliniza.

Tungurahua.

Altar.

Pichincha.

Sangay.

¿Quién ser6 este furibundo ge6logo? decía y6. Mas le valdría dejar por ahora estos estudios y entregarse al sue6o, y dejar dormir 6 los vecinos.

Y dando tres golpes 6 una puerta que entre las dos habi-

taciones estaba cerrada, esper6.

—¿Quién? dijo la voz.

—Un viajero que quiere dormir, contest6.

—¿Y porqu6 no dormir usted?

Yo no dormir, por estar con dolor de cabeza, tener frio, y oír muy alto los nombres de los volcanes.

—Bueno. Yo acabar pronto.

—La voz call6.

Al siguiente dia, tuve cuidado de conocer al vecino de la vispera.

El viajero se paseaba en el corredor interior de la casa.

Me acerqu6 6 6l, y despues de saludarle, le dije:

¿Era V. el que estaba anoche clasificando las monta6as?

—SÍ Se6or.

—Es un estudio muy 6til, principalmente de dia.

—Oh! yo estudiar 6 todas horas y siempre.

—Sin embargo, bueno es dar descanso al cuerpo.

—SÍ, pero yo estar acostado. El alma sola recordar los nombres de las monta6as.

—Pero es malo dar esos brincos de noche.

¿Qu6 brincos?

De nevado 6 nevado. U. ha estado en todos los picos mas altos de la cordillera.

—SÍ, yo subirlos todos.

—Buen provecho. ¿Y qu6 diferencia hay entre ellos?

—Diferencia de alturas.

—Bien contestado, le dije.

Y ¿va V. 6 Quito?

—N6, al Pichincha.

—Cu6ndo sigue U. su viaje?

—Ahora mismo.

—Pues iremos juntos.

En efecto media hora despues, saliamos del pueblo de Machache, y en union de mis compa6eros iba nuestro viajero deteni6ndose 6 cada paso, y nombrando todos los picos que aparecían 6 cada recodo del camino.

—Usted parece que solo se ha ocupado de las monta6as durante toda su vida.

Oh! sÍ: ser muy 6til.

—¿Podría U. decirme cuantos picos elevados hay en el mundo?

—Desde el polo Norte, al polo Sur, se dividen en tres 6rdenes. El primer 6rden constar de montes superiores 6 veinte y dos mil pi6s, y de estos hay cincuenta y cinco: el segundo, cuya altura no elevarse 6 diez y ocho mil, y de estos ascender el n6mero 6 doscientos treinta, y el tercero, inferior 6 este n6mero y 6 tres mil pi6s, y de estos haber cinco mil novecientos cuarenta y nueve.

¿Cuarenta y ocho?

—Cuarenta y nueve.

¿Y cu6ntos ha subido usted?

—La mayor parte.—

Le mir6 con asombro.

—¿Ha subido U. el pico de Tenerife?

—El 10 de Mayo de 1859.

—¿El Etna?

El 26 de Setiembre de 1862.

Y el Mowna Rowa en las islas Sandwich?

El 24 de Diciembre de 1866, vispera del Crismas.

¿Buena memoria!

Oh! sÍ. Yo tengo clasificados los dias por mis ascensiones.

—¿Y cu6ndo subirá U. al Pichincha? Pronto.

Tres horas dur6 el trayecto entre Machache y Quito, y 6 las 2 de la tarde del dia 15 de Agosto, del 18, llegamos 6 los suburbios de la populosa ciudad que hoy es la Capital de la Rep6blica del Ecuador.

CAPÍTULO XI.

La Capital de los Shiris.

H6nos por fin en Quito, antigua capital de los Shiris, hoy del Ecuador, situada 6 las faldas del Pichincha, 6 13-18" de Latitud sur, 6 una altura de 10,233 pi6s sobre el nivel del Oceano. Quito la At6nas de Am6rica, que ha tenido Universidades tan c6lebres como las de Salamanca y Paris, de donde han salido los Arzobispos Araus y Mosquera de Bogot6 y Figueredo de Guatemala; los Obispos Polo, Argando6a, Rubio y La Madrid; los Presidentes de Real Audiencia Flores y Sanchez; el Oidor Navarro, los Doctores S6nchez, Boniche, Anagoitia, Maldonado, Chiriboga, Viteri, Jijon, Medina, Sancho Escobar, Enderica, Serrano y Andrade; los

eclesiásticos Castro, Roman, Salazar, Chiriboga, Luna, Bolaños, Alava, Araus, Aispur, Paz, Carrion, Escandon y Murillo; los médicos Portilla, Pazmiño, y Acevedo; el Botánico Guerrero, y los célebres Jesuitas Gallegos, Pinto, Salazar, Araus, Lapuente y Santos.

Quito, la Patria de Atahualpa, el desgraciado hijo de Huaynacapac, último Inca del Perú, de Collahuaco, indio de instrucción sólida, quien escribió la bellísima obra titulada "Las Guerras civiles del Inca Atahualpa, con su hermano Atoc llamado comunmente Huáscar Inca," obra, que por orden del Corregidor fué quemada por mano del verdugo; de Alcedo, escritor de gran mérito; de Alban cuyas pinturas se conservan en los museos de Italia; de Miguel de Santiago, otro pintor célebre, á quien se ha comparado con Rubens; del jurista Sanchez, de los matemáticos Anagoitia y Maldonado; de los oradores Chiriboga y Viteri; de los literatos Jijon y Medina, de los teólogos Enderica, Serrano y Andrade, de la Venerable Virgen Mariana de Jesus, que hoy se halla sobre los altares; de Bahamonte, de Brieda, de Espejo y de cien otros varones célebres por la ciencia, por las artes ó por las virtudes.

Hemos llegado á esta ciudad el dia 15 de Agosto, á las tres de la tarde.

No pretendo escribir su historia, ni describir sus monumentos, porque esto exigiría volúmenes, y no me considero con fuerzas ni instrucción suficiente, para llevar á cabo este trabajo, ni la índole de esta publicación se presta para ello. Escrito mis impresiones; publico las tradiciones de esta hermosa ciudad; copio lo que encuentro adecuado á mi objeto, donde lo hallo; no se me acuse pues de plagario. No se me pida orden en esta publicación; si un arco me detiene, sobre él puedo escribir algunas páginas, y pasar por alto, un palacio, digno de una descripción extensa; viajo como las golondrina; me detengo donde me parece. Lo bello en mi concepto es lo que me impresiona agradablemente.

Hecha esta aclaración, que satisface mi conciencia, vamos adelante.

CAPÍTULO XII.

Quito—Historia Civil—Historia Eclesiástica—Estadística—Los Incas.

La genealogía de los Shiris de Quito, comienza desde el siglo VIII; once de la línea masculina, y cuatro de la femenina, que son "Toa y Duchicela, Antachi, Hualcopo y Oacha. Estos reinaron hasta el año de 1487, época en que Huaynacapac, se apoderó de la nación, formándose un solo imperio de los Reinos de Quito y del Perú, con dos capitales Quito y el Cuzco.

Vencido Atahualpa, en Cajamarca, los españoles se apoderaron de él, y le dieron muerte, mientras Rumiñahui, general del último inca, incendiaba las poblaciones y las saqueaba, incluyendo entre estas la hermosa capital de tres dinastías de Reyes, los Quitus, los Shiris y los Incas. Belalcazar, á su llegada, no encontró pues, sino ruinas humeantes, y sobre ellas fundó la nueva capital en 1534, tomando posesión de ella en nombre del emperador Carlos V.

Quito fué hecha sede episcopal en 1544, y ha tenido 27 Obispos, siendo el primero el Señor Garcé Diez de Arias, en tiempo de Paulo III. En 1849, se erigió en Arquidiócesis, habiendo tenido hasta hoy seis arzobispos, el primero el Señor Don Nicolás de Arqueta.

Si se quiere algo de estadística, diremos que Quito tiene setenta mil habitantes; seis imprentas; dos hospitales, una Biblioteca Pública, una Universidad, dos colegios, siete parroquias urbanas, cuatro conventos máximos y mas de cuarenta iglesias. En esta ciudad se encuentran el palacio de Gobierno, el Palacio Arzobispal, el Panóptico y la Escuela Politécnica. El observatorio Astronómico, podría competir con los mejores de Europa. Quito es, indudablemente, una ciudad de primer

orden en América, y no encuentro razón por qué no lo sea en Europa. Si se atiende á la población, muchas ciudades de Europa, capitales de reinos como Stokolmo de Suecia, Cristiana de Noruega, Atenas de Grecia, tienen menor número de habitantes; si á su extensión, también podremos decir lo mismo; si á su historia, pocas ciudades hay que puedan comparársele; tiene mas de mil años de fundación; sobre ella como hemos dicho, han pasado tres vastísimas dinastías: ha tenido épocas de esplendor como las grandes ciudades orientales; ha sido la capital de un imperio capaz de competir con los mas célebres de Asia. Si Turquía, ha tenido un Timour, si Persia ha tenido un Abbas y un Nadir-Shah, si Prusia ha tenido un Pedro el Grande y una Catalina, Quito ha tenido un Huaynacapac, un Atahualpa, un Rumiñahui, que podrían figurar en celebridad, en la misma escala: si al lujo y riquezas, véase lo que dicen los historiadores respecto á la corte de Huaynacapac. A sus comidas asistían centenares de nobles; el servicio completo, era de oro, incluyendo el de la cocina, en su despensa habia estatuas de oro de tamaño natural, los baños de las pallas ó princesas reales eran de oro, y los canales que surtían de agua estos baños, de

plata macisa; si á las obras públicas, léase lo que se refiere respecto á los palacios reales, los templos al sol, sus fortalezas, especialmente la de Hatun-Cañar, con puertas soberbias, postes de mármoles preciosos y quicios de bronce; las vías ó calzadas reales, al travez de las mas altas cordilleras y algunas de la extensión de dos mil millas, desde Quito, hasta el Cuzco; si á la civilización, los incas de Quito, tenían el año lunar, de doce meses, y el mes de cuatro semanas cuyos nombres especiales eran *mushuc junda*, *Yauyauc* y *Huañuc*; su sistema de gobierno adecuado á la índole de la raza, y con leyes tan sabias, que como dice el abate Velasco, "pudieron formar de un dilatado imperio una sola familia bien arreglada en las costumbres, una sola casa proveída de cuanto es menester, con economía tan asombrosa, que jamás se vió un mendigo, un ocioso ni un embustero;" los incas conocían el arte militar y lo tenían perfectamente organizado, desde el *Apusquipay* (General) hasta el *Aucac Runa* (soldado); poseían un idioma rico, armonioso, dulce, poético. ¿Qué mejores condiciones, que fundamentos mas poderosos para conceder á esta célebre capital la categoría que de derecho la corresponde?

Y esto es, si atendemos á

las circunstancias normales de toda otra ciudad; pero si consideramos las condiciones excepcionales, que la han dado tanta celebridad, esto solo bastaria para considerarla como de primera importancia. En efecto, reclinada en las faldas de una de las mas célebres montañas del globo, se encuentra rodeada de volcanes. De la terraza del palacio de Gobierno, dice Stevenson, se descubre la perspectiva mas encantadora que jamás la naturaleza haya podido ofrecer; mirando al sur, y en seguida al norte, se ven once montañas constantemente cubiertas de nieve, cuyas bases parecen reposar sobre las verdes colinas que rodean á la ciudad, y sus cimas penetran la bóveda azulada de los cielos, mientras que las nubes se mueven en medio de su altura, ó parecen prosternadas á sus piés: el Cayambé, el Imbabura, el Niniza, el Antisana, el Chimborazo y en fin el magnífico Cotopaxi."

Ninguna ciudad del Globo se encuentra á mayor altura sobre el nivel del mar, y sus hermosos edificios y sus verdes colinas, se hallan á una elevación igual al mas alto pico de los Pirineos.

Quito es en fin una ciudad célebre, por su historia, por sus tradiciones, por sus hombres notables, y por su situación excepcional.

Antes de ocuparnos de esta ciudad notable, permítasenos un ligero aparte, y consignemos una tradicion con la cual encabezaremos las muchas que esta capital conserva de un pasado de hace tres siglos, en el cual fué teatro de acontecimientos que han llamado con justicia la atención del mundo. Nos referimos á la expedición de Don Francisco de Orellana, por el inmenso rio Amazonas, para buscar las tribus ricas que se decía abundan á las orillas del citado rio. Es una historia, en que la fantasía mas exajerada puede apenas encontrar lugar. Hemos ofrecido consignarla, y lo cumplimos.

CAPÍTULO XIII.

La odisea de Orellana—Orellana y Pizarro—La expedición—Llegada á la nacion Guina.

—Al fin llegamos.

—Si, contestó Orellana, estenuados, muertos de hambre y de fatiga. Cuenta los hombres que han caido desfallecidos en el camino, la enorme distancia que nos separa de Quito, lo que nos espera á nuestro regreso, y el provecho que hemos sacado de esta expedición.

—Eres pesimista, Orellana, dijo Gonzalo Pizarro.

—Decid mas bien que soy positivista. ¿Qué grandes ventajas puede reportarnos, un

viaje mas peligroso que el de Marco Polo. Mas difícil es, contar los rios que hemos atravesado, que las estrellas del cielo. Y despues de dos meses de viaje, cuando hemos llegado á las orillas de un rio desconocido, en medio de tribus salvajes, decir ¡llegamos! como si estuviéramos á las puertas del paraiso.

—Ten paciencia, Francisco. Mientras tanto, contempla este paisaje tan hermoso, estos vistosos pájaros, ese cielo azul, esta atmósfera perfumada.

—Yo no contemplo sinó mis zapatos rotos, mis piernas destrozadas, mi fatiga abrumadora, el desierto por único horizonte, y un rio que tendrá diez ó doce cataratas en cada cuadra. Y á propósito comandante, ¿qué comeremos hoy? ¿qué comerán los ciento ochenta hombres que nos acompañan?

—¿Se acabaron las provisiones?

No ha quedado un átomo.

—Entónces cazaremos.

—Solo hay iguanas.

—Pues comeremos iguanas. El sabor de un plato, no está en la sustancia que se come, sinó en proporción al hambre que se experimente. El hambre es el mejor condimento.

—Alimentaos pues con ese condimento. Yo por mi parte, voy á buscar algo mas sólido.

Orellana se levantó: tomó su

fusil y á pesar de los dolores que sufría avanzó penosamente al bosque cercano, en busca de una pieza de caza.

Gonzalo Pizarro, quedó solo, sumergido en una meditación profunda.

Una carga inmensa tenía á cuestas; la expedición que había organizado en Quito, para buscar las fértiles regiones que se le había anunciado existían hácia el Oriente, se hallaba comprometida. De los cuatro mil indios que le acompañaron á su salida, solo había dos mil; de los doscientos cincuenta soldados españoles, cincuenta habían muerto en el camino. Estaba sin víveres. Volver atrás era imposible. Los hombres que le acompañaban murmuraban ya, como los tripulantes de la carabela de Colon. Se les había ofrecido un país rico, y este país no parecía, y como una fata morgana, se alejaba cada vez mas.

—¿Y existiría?.....

Cruelles reflexiones para un hombre de corazón, pero reflexiones tardías. Había que resolver este dilema: seguir adelante, ó volver atrás. Adelante, talvez el pueblo rico, la nación poderosa... la conquista: quizás... nada. Atrás, la muerte segura é inevitable.

Y el problema debía resolverse en ese mismo día. No es cosa fácil alimentar dos mil hombres entre los bosques.

Cuando Orellana regresó, encontró á Pizarro en el mismo lugar.

Y bien, dijo éste, ¿qué habéis cazado Orellana?

He cazado cinco iguanas y un indio.

—¿Qué?... dijo Pizarro expantado.

—No os asustéis. No he cazado á este último con escopeta, sino con lazo. Aquí está.

Era un hombre de estatura hercúlea. Plumas de mil colores adornaban su cabeza, su cuello, sus brazos, su cintura, sus piés. De lejos se le había tomado, por un pájaro gigantesco.

Pizarro comenzó por hacerle algunos regalos de cuentas de colores. Despues entabló su diálogo:

—¿Cómo te llamas?

—Pao.

¿De dónde eres?

—He nacido aquí.

¿Cómo se llama la tribu á que perteneces?

—La nación Guima. Yo soy el Jefe.

—¿Tienes víveres?

—No tenemos. Nuestra ranchería no llega á doscientos, entre mujeres, hombres y niños.

—¿Hay alguna tribu vecina donde podemos obtener abundantes provisiones?

—Hay algunas, pero todas son pobres.

—¿Cómo se llama este río?

—El coca.

—¿Existen algunas tribus siguiendo el curso de este río?

—Muchas.

—¿Feroces?

—Algunas.

—¿Cuántas tribus hay?

El indio tomó un poco de polvo en el hueco de su mano, y puso este polvo en la mano del extranjero:

—Cuenta esos granos, dijo;

—Es imposible, contestó Pizarro, son infinitos.

—Fues así es imposible contar las naciones de que me hablas extranjero.

Y extendiendo la mano:

—De un mar á otro mar. Como las arenas, como las hojas de árboles, como las gotas de agua del gran río. Infinitas.

Orellana tomó la palabra, y dijo: Es preciso partir. Diez, veinte días pasarán: sufriremos, pero arribaremos á las naciones del río grande.

—Dos mil hombres, no pueden andar diez días, como doscientos. Anda tu Orellana. Te esperamos.

Orellana se estremeció.

—¿Partir solo? dijo

No partirás solo. Te acompañarán cincuenta hombres de España, y los indios que quieras. Eres hombre hábil

—¿Y cómo os sostendréis mientras yo vuelvo?

Comeremos hasta nuestro último caballo y nuestra última llama, pero necesitamos descansar. Hay muchos enfermos.

—Y tú que dices, interrumpió Orellana dirigiéndose al indio. ¿Quieres servirnos de guía?

—Nó, contestó el indio con entereza. ¿Por qué te niegas?

—Porque yo no salgo de mi tribu.

—Muy bien. Pero podrás proporcionarnos algun guía que nos enseñe el camino?

—A nadie. Los blancos viajan solos.

—Y si yo te obligara?

—El indio sonrió.

—¿Dudas?

—Si algunos de vosotros empleara la violencia, no volvería ninguno á ver la luz del sol. Somos treinta tribus aliadas, y á una señal de mi mano se alzarían treinta mil hombres contra la aventurada expedición que estais llevando á cabo.

Pizarro reflexionaba profundamente.

Por fin dijo:

Construyamos un bergantín, y sigamos esta corriente hasta donde pueda llevarnos. Los indios nos seguirán poco á poco, por tierra: la suerte quizás nos favorecerá.

Este plan fué adoptado. El indio mismo aprobó la medida, y se le despidió con nuevos regalos.

Convenia tenerle por amigo.

Al siguiente día Pizarro dispuso se formaran los expedicionarios españoles, para saber

con cuantos hombres hábiles p dia contarse para la construcción del Bergantin. Habia cuarenta y dos hombres. Pero hecha una averiguacion prolija, se vió que faltaban dos.

La obra del Bergantin comenzó el mismo dia. Una parte de los expedicionarios se consagró á este trabajo, y otra á cazar por los alrededores, y buscar á los dos colonos que faltaban, y se creian extraviados en el bosque vecino.

Los indios comian hasta las yerbas de las orillas. Cada dia morian diez ó doce de estos infelices... de hambre.

Por la mañana del siguiente dia, se corrió nuevamente lista, y con asombro de Pizarro y de Orellana, se vió que faltaban otros dos hombres.

Esto es grave, dijo Pizarro.

Muy grave dijo Orellana.

¿Cómo explicas esta desercion?

—¿Desaparicion? queréis decir. Ellos no pueden abandonarnos.

¿Entónces qué es?

—O mueren de causancio extraviados en el inmenso bosque que nos circunda, ó... La fisonomia de Orellana, se cubrió de una mortal palidez.

O ¿qué? dijo Pizarro, sorprendido de la espresion de su compañero.

Sería horrible, continuó Orellana, pero es tambien una solucion, y la mas probable.

—¿Pero cuál es esa solucion?
—O los indios, nos van arrebatando los hombres de dos en dos.

Pizarro dió un grito, y se levantó.

CAPÍTULO XIV.

Tania,

La sospecha de Orellana, era una realidad. Los indios, habian resuelto atacar á la expedicion, y para esto pensaron en debilitarla. Habia pues necesidad de un ataque terrible é inmediato, ó prepararse á una retirada violenta.

Pero ataque ¿contra quién? Los indios no presentaban combate. A excepcion del jefe, no se habia visto uno solo mas. Combate, supone contrarios en disposicion de luchar; los indios herian, pero herian en la sombra, detrás de los árboles: podia haber diez mil, pero no presentaban cuerpo.

Huir, tambien era imposible. Por agua, carecian de medios de transporte; la construcción del Bergantin duraría aun mucho tiempo. Por tierra, ningun expedicionario tenia fuerzas para intentarlo si quiera.

Pizarro, prohibió bajo severas penas á sus soldados, que abandonaran el campamento. Pero era necesario cazar para mantenerse. Estas cacerías se hicieron en grupos de quince

ó veinte hombres bien armados.

Todas esas precauciones de nada valieron. Al tercer día por la noche, faltaron dos hombres mas en el campamento.

Esto se hizo insostenible.

¡Malhadada expedicion, dijo Orellana sombrío. Ninguno de nosotros volverá á hollar el suelo de la patria.

En la adversidad se prueba el temple de alma de los hombres. Ya no es tiempo de re flexionar sobre el pasado: hay que pensar en el presente y en el porvenir, replicó Pizarro.

El presente es la agonía, el porvenir la muerte, contestó sordamente Orellana.

Hasta en la agonía se lucha, objetó Pizarro. Mientras haya una gota de sangre en las venas, y un átomo de pensamiento en el alma, el alma debe pensar, y el cuerpo debe obrar.

Una inmensa gritería interrumpió este diálogo. Diez cazadores, habian entrado á la tienda, y llevaban arrastrando á un prisionero.

El prisionero era una mujer, una india.

Celebridad han tenido las mujeres de los afluentes del Marañon, por su hermosura. Es un tipo puro como el de las mujeres árabes. Ni una sola gota de sangre extranjera circula por sus venas: es una raza sin mezcla.

La mujer que habia entrado

en la tienda, era tan bella, que los españoles quedaron sorprendidos. Sus largos cabellos caian sobre sus hombros: su mirada era tan dulce que inspiraba ternura. De pié, con los brazos cruzados, azorada por la sorpresa, miraba á esos hombres, mas que con temor, con curiosidad.

Pizarro dijo:

Soltadla!

El grupo se retiró, y la mujer quedó sola, de pié, en una postura de Venus antigua.

¿Cómo te llamas,? interrogó Pizarro.

La jóven no contestó.

Pizarro repitió la pregunta, sin obtener respuesta.

Oye, mujer, continuó Pizarro. Seis hombres de la expedicion que yo mando han desaparecido, ¿dónde están?

La india continuaba en su inmovilidad y silencio. Parecia una estatua de piedra.

Contesta! insistió Pizarro. Nada te haremos, pero es necesario saber dónde están mis hermanos. ¿Oyes?

La mujer callaba.

¿Será muda? dijo Orellana.

Ni sorda, ni muda, objetó Pizarro. Es que no quiere hablar.

Un sarjento de la compañía se acercó entónces, y empujándola reciamente por los hombros, la hizo vacilar sobre sus piés.

Habla! la dijo.

La india le miró: adelantó

dos pasos, y tocando con la punta del dedo índice de su mano derecha, el rostro del agresor, retrocedió.

El hombre cayó muerto.

La mirada de la jóven, lanzó tal relámpago, y su actitud tomó un acento tan viril, que todos retrocedieron.

Demonio! dijo Orellana, esta mujer lleva la muerte en sus dedos.

El estupor estaba pintado en todos los semblantes. La gacela era una leona.

La reaccion tuvo lugar. Los soldados se precipitaron sobre la jóven, y talvez la habrían despedazado, cuando el indio Pao entró precipitadamente.

Tania! dijo con voz sorda, ¡desgracia!

Si! desgracia, añadió Pizarro, pues te juro, por el Dios del cielo, que si dentro de una hora, no estan aquí, sanos y salvos, los seis hombres que me faltan, esta mujer que sospecho sea hija tuya, morirá hoy mismo.

El indio lanzó un rujido.

—Pronto! dijo Orellana. Vé á traerlos.

—No pueden venir, suspiró Pao.

—Porqué?

—Porque han muerto.

—Entónces, exclamó Pizarro, despídete de tu hija, porque tambien va á morir.

La jóven, sin alterarse habló algunas palabras en idio-

ma extranjero, que solo Pao comprendió.

Entónces volviéndose éste á los españoles, les habló de esta manera:

—¿Quién es el Jefe entre vosotros?

Yo, dijo Pizarro.

—Bueno. Os ofresco llevaros sanos y salvos á la nacion de los cocas, proveer á todas las necesidades de los de vuestra raza, y en cambio me volvereis á Tania.

Orellana durante este tiempo, no habia cesado de contemplar á la jóven india. Jamás, ni aun en sus sueños, habia imaginado belleza mas perfecta. Estaba deslumbrado.

Lástima sería, se dijo, que una mujer tan hermosa, sea condenada á muerte. Por otra parte, lo que ha hecho es grave. Siquiera por averiguar de qué manera, solo con tocar á un hombre, le ha mandado á la eternidad, debe vivir. Hay secretos que valen una existencia.

Cuando terminó su monólogo, estaba decidido á interceder por la jóven.

Levantándose entónces, hizo una profunda reverencia al Jefe, y con solemnidad dijo:

Comandante: hace mucho tiempo que os acompaño en vuestras peligrosas expediciones. He explorado á vuestro lado regiones tan vastas como la peninsula, nuestra patria: he vadeado mas rios, que ve-

ces ha pasado el sol sobre mi cabeza, y cuento veinte y cinco años. Sin sueldo y sin alimentos, he arrastrado una existencia miserable, sin estímulo para el pasado, sin esperanzas para el porvenir. Nunca me he quejado, hoy por primera vez, pido una gracia: espero que me la otorgareis.

—¿Qué pedis Orellana? dijo Pizarro, sorprendido de un discurso tan ampuloso.

—Pido la vida de esta mujer.

La mirada de la jóven lanzó un relámpago: solo Orellana lo notó, y comprendió que la india sabia español.

—Pizarro sonrió.

¿Qué interés podeis tener por esta jóven á quien veis hoy la vez primera?

La caridad cristiana, contestó humildemente Orellana. Muy poco ha vivido aun, para privarla de la luz de su sol, y del aroma de sus bosques.

Mucho me complace esa caridad tan ardiente. Pero, ¿no podria interpretarse mas bien, que los bellos ojos de Tania, han sido la causa de esa evangélica caridad?

Orellana calló.

Pero, añadió Pizarro, justo es acceder á vuestra primera solicitud. Tania es libre, con la condicion de que su padre cumpla la promesa que ha hecho, de llevarnos sanos y salvos hasta las tribus del coca.

Lo cumpliré dijo el indio.

Está bien. Dejad libre á esa mujer.

Tania y su padre, salieron de la tienda: tranquila la primera, agitado y tembloroso el segundo.

Os lo agradezco, dijo Orellana cuando se vió solo con Pizarro. Pero tened entendido, que si hubierais condenado á Tania, ni un solo hombre blanco vuelve á Quito.

Lo sabia, constestó Pizarro.

CAPÍTULO XV.

La partida de Pizarro.

La expedicion continuó su marcha al siguiente dia, pero solo formaban parte de ella los colonos españoles. La mayor parte de los indios, quedó bajo la direcion de Orellana, á quien Pizarro dejó tambien quince soldados españoles.

Orellana habia ofrecido terminar el Bergantin en dos meses, y continuar en él su viaje con los compañeros que le dejaba. Pizarro debia esperarle en una de las tribus ribereñas por donde forzosamente debia pasar el Bergantin.

Asi arregladas las cosas, los dos Jefes se despidieron.

Adios! le dijo Pizarro al emprender la marcha. Mucho cuidado contigo.

¿Porqué?

Porque parece que viajas por la region de los en sueños.

¿Cómo?

Los bellos ojos de la hija del cacique han abierto heridas en tu corazón. Desconfía del amor, Orellana: tenemos una misión muy grave e importante que llenar: ella sola debe ocupar todos nuestros pensamientos. Ni uno solo debe consagrarse á otra cosa.

—Perded cuidado Capitan.

—Dios os guarde Teniente.

Pizarro seguido de su gente, siguió la orilla del río, mientras Orellana permanecía inmóvil viendo alejarse la colonia.

En seguida, movió la cabeza, y dijo:

Es verdad, la amo. Y la amo con la energía de un corazón de veinte años. ¿Porqué se habría puesto en mi camino esta mujer?

¿Y para qué habeis venido extranjero, á turbar la soledad de estas regiones? ¿quién os ha llamado?

Orellana se volvió sorprendido.

Tania estaba delante de él, y le miraba con ojos centellantes.

—¿Qué haces aquí, mujer?

—Vengo á daros las gracias porque me habeis salvado la vida, y en seguida alejarme para siempre.

¿A dónde vas Tania? Tu padre ha ido con Pizarro, acompañándole en cumplimiento de su promesa. Tu no debes separarte de él. ¿Porqué no lo has seguido? ¿A dónde vas?

Yo no he nacido aquí, sino en una tribu muy distante.

¿Y cómo has venido?

Mi padre me trajo muy niña, porque él sí ha nacido en estas tribus, y quiere morir donde vio la luz primera.

Cuéntame tu historia, Tania: me interesas.

¿Y para qué quereis saber mi historia? ¿de qué puede servir?

Siempre es útil para el que viaja oír esta clase de relaciones.

Escuchadme, pues, extranjero

Tania se sentó en el tronco de un árbol tendido en el camino. Orellana quedó en pie delante de ella.

Habla, dijo.

CAPÍTULO XVI.

Historia de Tania.

He nacido en el territorio de los Moscas. Esta tribu es una de las numerosas, guerreras y fuertes. Es gobernada por un Jefe llamado Zaque. El fundador de esta vasta nación, se llamaba Unsagua. Después vinieron Tomagabta, Tutafua, Michica, Quiminchateca, Aquiminzaque y otros. Hoy es el Zippa el que gobierna.

Los moscas recibieron allá en épocas muy remotas, la visita de un enviado de la región del sol. Se llamaba, el Rochica. Este ser extraordinario, tenía la barba crecida hasta la cintura y los cabellos recojidos con una cinta de oro. Recorrió todo el

país, y predicaba en todas las tribus. Pero un día, apareció una mujer, de extraordinaria belleza, y trató de predicar la doctrina contraria á la del Bochica. Se llamaba Ohia. Entonces el Bochica la levantó en sus brazos, y la lanzó hácia arriba. Ohia subió, subió hasta perderse en las nubes. Por la noche hubo luz sobre la tierra. Ohia fué desde entonces la luna.

Pero todo es muy antiguo, y no os interesará. Voy á ocuparme de lo que ha pasado en mi tiempo.

Mi padre cuando vino á esas regiones residió en ellas poco tiempo, y todo ese tiempo lo empleaba en viajes. Regresaba de ellos siempre poseedor de considerable cantidad de oro, que no se sabía de donde la traía.

Vió á mi madre, que era hija de uno de los jefes, la amó, y la pidió al jefe. Este convino, siempre que mi padre consintiera en fijarse definitivamente en esa tribu. Aceptada la condición, fué su esposa. Pero diez lunas después, la muerte del jefe, padre de mi madre, le absolvió de su promesa, y resolvió regresar á su tribu.

Yo entonces acababa de nacer y mi madre me llevó en sus brazos.

Recorrió mi padre vastos territorios y entró en una nación extraña, de la cual no habreis sin duda oído, hablar, y residió allí mucho tiempo. No os hablaré de esa tribu, porque no

me creerías. Es tan extraordinaria, que parece mentira su existencia.

Diez años estuve allí, y cuando salíamos, ya no tenía madre. Había muerto en esa nación.

Pero mi padre, me condujo de la mano á travez de otros muchos pueblos hasta que llegamos aquí, y fué el fundador de la tribu Guima.

Sin embargo, su espíritu aventurero lo hizo salir nuevamente de este territorio, y dirigirse á la ranchería de Huaca, muy distante de aquí. Me llevó consigo. Ya entonces, las hojas habían caído de los árboles diez y seis veces después de mi nacimiento.

Un día recibió un aviso, por el cual uno de los jefes extranjeros que habían invadido el reino, ordenaba le esperaran con víveres y armas. Carecíase de los primeros, porque ya había pasado uno de sus compañeros y se los había llevado todos. Sin embargo, por cumplir en lo posible la orden que había recibido, mi padre reunió á las mujeres y los niños, y salieron estos y aquellos, llevando cuanto pudieron recojer.

El bárbaro jefe, creyéndose desobedecido, mandó hacer alto á su tropa, y á sangre fría, ordenó la muerte de los que le traían la vida. Todas las mujeres y los niños fueron sacrificados. Solo yo, pude salvar.

¿Cómo? dijo Orellana, estre-mecido.

Un soldado, quizo herirme, y la espada se quebró sin tocarme: quizo repetir la hazaña, y el arma volvió á romperse, solo quedando la empuñadura en sus manos. Al ver los trozos de las dos espadas por el suelo, el hombre se aterró y emprendió la fuga, como perseguido por algun espíritu (1).

Comprendereis muy bien que la indignacion se apoderó de todos. Semejante conducta, nos exaltó y los indios de todas las razas y de todas las tribus, juraron por el sol, ex-terminar á todos los invasores.

Mi Padre, abandonó poco despues definitivamente aque-lla tierra, y vino á fijarse aquí, en el lugar de su nacimiento.

La jóven calló.

Orellana estaba conmovido y avergonzado. Ocmprendia ahora la razon de esa animosidad terrible, que se encontraba en todas las tribus indias. Los conquistadores, llevaban su estandarte sobre un lago de sangre. Sangre vertian por donde iban, y era natural que derramaran tambien la suya. Era una represalia.

—Pero no todas son así, dijo.

—No todos: vos sois la escepcion.

—Entónces, me volvereis los prisioneros, porque presu-mo que no han muerto.

La india calló.

¿Viven aun? preguntó con ansiedad Orellana.

Sí, respondió Tania. Yo los he salvado

Orellana estrechó con efu-sion las manos de la jóven. En seguida se acercó á ella mas aun: y un furtivo beso acaricó los cabellos de la her-mosa india.

Gracias, Tania. Y.... me los entregareis?

Cuando haya encontrado entre vosotros un corazon bas-tante generoso para hacerme olvidar la ingratitud y la in-justicia del otro, os juro por el sol, que os serán entregados.

La mirada de Orellana, lan-zó una llamarada.

Yo seré ese hombre: te lo prometo.

Tania se levantó.

—¿Os vais?

—Sí.

—¿Os volveré á ver.

—Cuando querais.

—Yo debo partir muy pron-to. La obra del Bergantin se hará con rapidez, y pronto lle-gará á su término. Antes de treinta dias, me pondré en marcha. ¿Cómo haré para vol-veros á ver ántes de mi partida?

Me llamo Tania, lo sabeis. En cualquier momento, de dia ó de noche, en el campamento ó en el bosque, nombradme, y yo estaré á vuestro lado

La jóven desapareció.

Orellana pensativo, quedó inmóvil apoyado en un tronco secular.

Tienes razon Pizarro, dijo por fin: ó arranco este amor de mi corazon, ó todos mis sue-ños de oro y ambicion se des-vanecen como el humo. Allá en las orillas del Pacífico, aca-bo de fundar una ciudad, á la cual he llamado Guayaquil, del nombre del último de sus régulos, fundacion que hará pasar mi nombre, con celebri-dad entre las naciones occiden-tales de este vasto continente ¿Quién sabe si fundaré otra á las orillas del Atlántico, y ha-ré inmortal mi nombre entre los pueblos del Oriente?

Oyó como un suspiro entre las hojas de los árboles, y una voz dulce murmuró:

Sin Tania, no llegarás al otro mar. Tania te dará esa gloria que buscas.

Orellana, se lanzó en la di-reccion en que habia oido la voz.

Nada habia.

CAPÍTULO XVII.

Lucha.

Un mes ha transcurrido. La obra del Bergantin, casi ha terminado, y Orellana está sa-tisfecho.

La víspera de partir, reunió á sus hombres, y con íntima

satisfaccion les anunció, que al siguiente dia, el sol les vería en marcha. Encargó se hicie-ran los últimos preparativos, y les despidió animádoles con palabras de esperanza.

Efectivamente, apenas el astro radiante, hubo elevado su esfera de oro sobre la cima de las montañas, disipando las nieblas del alba, los mari-nos entonaron ese canto de partida, cuya monotonia tiene su solemnidad, grave como el pensamiento del que sin otro horizonte que el inmenso cír-culo de agua, sabe que la muerte se cierne sin cesar ba-jo la quilla de su nave. Los remos azotaron las tranquilas aguas del rio, y la barca avau-zó penosamente.

Orellana dominaba con su alta estatura el agreste paisaje.

Libre, cual nunca lo habia sido, se veia fuera de la influ-encia de ese sopor que le en-torpecía; activo, enérgico, al-tivo, habia desafiado y venci-do muchas tormentas en su vida. La última, ese sueño de amor, nacido á las márgenes del rio que conducia á dora-das regiones, habia terminado para él. Estaba despierto y se sentia tranquilo: allá en lon-tananza se dibujaba la silueta májica de la jóven india, y co-mo que se perdia en las nubes.

¿Que se borre de mi mente ese recuerdo! dijo. No haya lugar en mi corazon sinó para la ambicion. Quiero ser gran-

(1) Velasco—Historia del Reino de Quito. Libro IV.

de, y no he de dejar mi porvenir sepultado en una tribu salvaje, en medio de un continente mas grande que la Europa, por dos bellos ojos. En mi alma no hay lugar para dos amores: venga la gloria, la elijo, la prefiero, ella será mi lote.

Y con paso rápido entró en la estrecha cámara de su Bergantín.

Hacia un mes que no veía á Tania. No la buscó, no la nombró; quería olvidarla y lo esperaba.

Sin embargo, al ver por la ventanilla de la cámara desaparecer la orilla donde habia hablado con ella, el tronco secular dónde se habia sentado y escuchado los melodiosos acentos de su voz, su corazón latió apresuradamente, y casi sin sentirlo, y aun sin pensarlo, dijo en alta voz:

Y sin embargo, Tania es mas hermosa, que las mas hermosas entre las mujeres.

¿Me habéis llamado? dijo una voz cerca de él.

Orellana se volvió.

Tania de pié, delante de él, le miraba con dulzura infinita.

CAPÍTULO XVIII.

La Promesa.

Orellana sorprendido, retrocedió.

¿Vos aquí? dijo con espanto. En cualquier lugar en don-

de me nombres, en la soledad de los bosques, como en el campamento, y en vuestro bergantín, siempre acudiré á vos. Me habéis llamado: aquí estoy.

—¿Cómo os habéis embarcado?

—¿Queréis gloria, Francisco Orellana, y yo os la proporcionaré. Habéis oído hablar de esas mujeres que habitan las orillas del Marañon, que llevan arcos y flechas, y viven formando una tribu independiente: yo os las haré ver.

—¿Es posible eso? ¿no es un cuento de hadas esa historia que me han referido?

—Es una realidad: Yo sé donde se hallan, y solo yo ¿entendeis? yo sola puedo hacerlos entrar sin peligro en esa tierra extraordinaria.

Ah! Tania, quedaos. Si es cierto lo que me decis, yo os recompensaré tan regiamente, que sereis la mas feliz de las mujeres.

La india sonrió con tristeza.

En seguida salió lentamente de la cámara.

Orellana la llamó.

Mientras dure nuestro viaje, esta cámara será tu habitación. Yo no entraré jamás en ella.

Y sin esperar respuesta salió murmurando:

¿Si me amaré esta mujer!

Tania se sentó, y enjugando una lágrima, dijo:

Oreo que no me ama, ¡tal vez no me amaré nunca!

CAPÍTULO XIX.

Nueva Separacion.

Diez dias despues de una navegacion tranquila y sin incidentes, divisaron á lo lejos el campamento de Pizarro.

Orellana al llegar á la orilla, saltó inmediatamente, y buscó al capitán.

Aquí estoy, dijo.

Vais a continuar sin demora la marcha hácia el Oeste. Hemos encontrado aquí víveres, pero no en la abundancia que requiere la mucha gente que me acompaña. Se asegura que mas adelante hay una region mas rica y mas fértil que esta. Yo os aguardaré aquí.

—¿Qué decis? ¿Nuevo viaje y nueva separacion?

—Es preciso. Nos hemos metido en una expedicion aventurada, que cada dia cuesta mas hombres. Debemos salvar lo que queda.

—Obedeceré!

—Hoy mismo Francisco. Mi gente muere de fatiga: este reposo hace falta. Víveres hasta vuestro regreso, no dejaremos de encontrar. Pero si mas al Oeste no se hallan en abundancia, regresad, y volveremos á emprender ese viaje fatal, esa vuelta dolorosa hácia la capital, que costará diez víctimas en cada jornada. Volved pronto Francisco: vos sois nuestra única esperanza.

—Hoy mismo me pondré en marcha.

—Llevaos al Padre Carvajal: está muy enfermo.

—Está bien.

Oídme aun otra vez, porque va la vida de todos. Pao, el padre de Tania, ha cumplido su palabra, pero él y otros mas me han asegurado que algunos dias de viaje por agua, bastarán para encontrar la confluencia de este rio con otro que se llama el Napo. Allí se dice que hay una gran poblacion y abundancia de víveres. Id, por Dios, y volved pronto.

—Orellana salió.

Una hora despues, estaba á bordo.

Aparejad! dijo.

Y entró en la cámara de su teniente.

Durante ocho dias, Orellana estuvo encerrado. Una que otra vez, salía, y dirigía una hosca mirada al paisaje. Y sin embargo ese paisaje era admirable.

El rio era cada vez mas ancho: la vegetacion de sus orillas cambiaba de aspecto: la tierra se vestia con todo el lujo de la region ecuatorial: árboles gigantescos elevaban sus penachos de plumas sobre las nubes; pájaros de mil colores, matizaban el verdor de las praderas; mariposas de colores espléndidos zumbaban sobre las macetas de flores de naturaleza y formas variadas

y caprichosas; campos cultivados se estendian y á lo lejos el azul de las montañas cerraba este cuadro salvaje pero grandioso con marco espléndido.

Orellana nada veia, ó si veia, nada hablaba.

La tripulacion estaba sorprendida.

¿Qué tendrá el Teniente? se decían.

CAPÍTULO XX.

El Napo.

Al noveno dia, durante las primeras horas de la mañana, el Bergantin, dobló un cabo en miniatura, y la tripulacion lanzó un grito de sorpresa. Habian dejado el afluente, y entraban en el Napo, rio principal, afluente á su vez, pero del mayor rio del globo.

El rio Napo nace en las faldas orientales del Cotopaxi, como de los mas formidables volcanes de la tierra. Recorre doscientas cuarenta leguas, y despues de tan largo curso desemboca en el Amzonas. Es tan violento el empuje de sus aguas, que no confunde sus cristalinas corrientes, con las turbias olas del rey de los ríos, sinó despues de haber recorrido sesenta leguas juntos.

Los conquistadores españoles le veian por vez primera, y no se cansaban de admirar sus orillas bajas, sus playas arenosas; las islas que como

ramilletes de verdura se hallan escalonadas á lo largo de su mansa corriente.

Desde la cubierta del Bergantin veian a los venados beber el agua dulce de las orillas; y oian el dulce canto del ruiseñor. El Napo es un rio célebre. A sus orillas se encuentran las tribus, de los Záparos, Anguteros, Orejones, Santa Marias, Mazanes, é Iquitos. El reino vegetal está representado por los frutos mas variados y esquisitos.

Orellana no se movió del puente durante largas horas, encantado ante la mágica perspectiva que se desarrollaba delante de sus ojos cada vez que el Bergantin avanzaba una vuelta del rio.

De repente, divisa terrenos perfectamente cultivados, y numerosas cabañas, bajo las copas de las palmeras.

—¿Qué es esto? dijo.

—Seguid vuestra marcha, Orellana, exclamó Tania estremecida. Estas tribus son inhospitalarias; no os acerqueis: hacen el mal, por el placer de hacerlo, y sobre todo aborrecen á los hombres blancos.

Y como si los habitantes de esa tribu, hubieran querido demostrar con hechos la verdad del aserto de la jóven, oyóse un grito de guerra, y varias flechas cayeron sobre la estela del Bergantin, á quien

felizmente una brisa fresca, llevó hácia adelante.

Poco despues la perdieron de vista.

Orellana, continuó meditando y sombrío. Pasaba horas enteras encerrado en la cámara de su teniente. Solo por las tardes, salia á la cubierta, y Tania era la única que tenia el poder de desarrugar el constante ceño de su frente.

Una tarde, la jóven se sentó á su lado como de costumbre, y haciendo un esfuerzo, dijo:

Dias ha, que os veo pensativo. ¿Qué teneis? Pronto llegaremos al gran rio, que buscar. Allí encontrarás alimentos para tus tripulantes, y para llevar al jefe que os manda á todos, y que te espera allá hácia donde el sol muere. ¿Porquè ese desaliento?

—Las amazonas! contestó Orellana.

—¿Qué dices?

—¿Dónde habitan esas mujeres de que me has hablado Tania? ¿están muy lejos aun?

Tania palideció.

Sí, contestó, muy lejos: yo le llevaré. Pero antes tenemos que cumplir lo que se ha ofrecido á Pizarro. Cuando este vió, desemboque en el otro, hallaremos una gran nacion, rica y poderosa. Es la del gran Régulo Aparia. En ella te proveerás de los recursos que esperan tus hermanos, y los buscaremos en seguida. ¿No es así?

—Orellana me contestó.

—Respóndeme Orellana.

—Véte, Tania. No me preguntas nada. Hoy no sería capaz de contestarte.

Tania se levantó tristemente, y entró en la cámara suspirando.

Orellana permaneció largo tiempo contemplando al paisaje. La noche vino, y él la vió venir sin moverse. Continuó sentado sobre un banco, sin notar el rocío nocturno, que humedecía sus vestidos.

De repente dijo:

Es indispensable. Suceda lo que suceda, yo lo haré.

Y llamando al padre Carvajal, se encerró con él en el camarote.

La tripulacion observaba, y uno de ellos hizo esta reflexion.

El teniente ha envejecido diez años en diez dias.

CAPÍTULO XXI.

Traicion.

Escuchadme padre Carvajal, y no me interrumpais. Por muy extraño que os parezca lo que voy á deciros, dejadme llegar hasta el fin. Os lo ruego como amigo, y os lo mando como jefe.

El padre se inclinó sin contestar.

—Bien sabeis que la malhadada expedicion de Pizarro, cuesta ya muchas víctimas, y costará muchas mas. Ninguno de los que han salido de Quito, volverá á ver el sol de España.

Y no por falta de consejo. Yo

cuya vida aventurera me ha llevado, á pesar de mis veinte y cuatro años, á todas las regiones del globo, que antes de venir á America, he recorrido la Europa entera, y he visitado las naciones de la india oriental: sé lo que es atravesar quinientas leguas de territorio, sin alimentos y con un ejército, sin punto determinado y con hambre. Muchas veces he hablado á Pizarro, sobre este descabellado proyecto, y le he encontrado siempre inquebrantable.

¿A dónde va? No lo sabe, y cada día nuevas víctimas de su imprudencia, van dejando sus huesos en la tierra que no es su patria.

Yo no quiero morir. No quiero que el fruto de tantos años se pierda, y que el pabellon de España tan difícilmente enarbolado en estas comarcas, caiga al suelo, porque caería para siempre. Y además, como os he dicho, amo la vida. Soy jóven, tengo fortuna, la dicha me espera, el porvenir me sonríe. No quiero pues sepultar en una quebrada ó en un abismo, ese porvenir y esa felicidad, siguiendo bajo las órdenes de un jefe sin esperiencia, y que nos lleva á una muerte segura.

Orellana se acercó mas aun al padre Carvajal, y en voz mas baja, añadió:

Sé, de una manera positiva, ¿entendéis? positiva, que este río es afluente de otro mayor, y ese segundo corriendo hácia el

Este, reúne sus aguas á las del Oceano. Este oceano es el atlántico, y mas allá del atlántico está España, la dulce patria nuestra. Vamos allá, padre.

—Abandonar á Pizarro!

—El lo ha querido. Si él desea que sus huesos blanqueen al sol de esta tierra, que lo haga: yo empiezo á vivir, y tengo mucho que hacer en este mundo.

—Lo que me proponéis es infame. No comprendo cómo en un pecho español, que blasona de hidalgo, puede haber cabida para tan negra accion. Jamás lo haré yo. Dejadme abandonado en esta orilla, yo moriré como él, pero nunca haré lo que mi conciencia me dice es inicuo. Pero esto no sucederá, porque estoy seguro de que ningun hombre de vuestra tripulacion, secundará tan horrible proyecto. ¡Dejar á Pizarro abandonado, sin alimentos, á trescientas leguas de de Quito, cuando él espera á cada instante divisar el más til salvador; y abrazar á su hermano á quien aguarda; cuando vuestro nombre será repetido cien veces por dia en ese desolado campamento; cuando si aun hay llama vital en esos pechos agonizantes, es porque crée en vos, porque cuentan con vos; ¡Qué decepcion tan terrible! No repitais esa propuesta vergonzosa, por que temo que la bóveda celeste, se hunda sobre vuestra na-

ve, y la reduzca á menudo polvo, porque creo que si la repetis, el rayo se precipitará del seno de la nube, para reducir á cenizas al impío, que sin conciencia ni ley, viola la fé jurada, y hace morir á centenares de hermanos suyos... de hambre.

Orellana estaba pálido, y sus labios comprimidos por la cólera destilaban sangre. Sin embargo se contuvo, y continuó con calma espantosa:

Comprendereis, padre, que antes de hablaros, he tomado mis precauciones. Esto no es un proyecto, es un hecho, y de grado ó por fuerza habreis de seguirme.

Cuento con la tripulacion Padre Bartolomé Carvajal.

Mentira, Orellana, dijo el Padre con voz vibrante. Es imposible que ningun hombre de honor, recuerde tu infame proyecto. Eres infiel á tus juramentos, y todo lo haces, por seguir á esa mujer, á quien salvaste la vida, á quien amas, y que está aquí.

La puerta se abrió, y Tania, se presentó en el umbral.

Estais en un horror, padre Domingo dijo. Esa mujer de quien hablais, no hace mucho, dijo al Capitan Orellana, lo que acabais de manifestarle vos mismo. No aprueba el pensamiento del Capitan, y le ruega desista de él.

Orellana se levantó impetuosamente; y precipitándose

afuera, gritó con voz de trueno:

¡Aquí mi tripulacion!

La tripulacion en masa se acercó, y Orellana, alto, erguido, imponente echando llamas por los ojos:

Compañeros! dijo: he aquí el dilema: ¿queréis morir ó queréis vivir?

Vivir!

Pues bien, para vivir es necesario seguir estas aguas hasta el Atlántico, y atravesar el Oceano, hasta la costa de España. Allá vamos, ¿queréis seguirme?

—¿Y Pizarro?

—El regresará á Quito, ó morirá, pero vosotros no. Allá á las orillas del rio que vá al mar, hay riquezas incalculables, que os pertenecerán. Yo seré vuestro jefe desde hoy, y os prometo que volvereis á ver el doméstico hogar abandonado hace ya tanto tiempo, y con fortuna.

Viva Orellana! dijeron algunos.

El padre Carvajal, alzando la voz interrumpió á Orellana que iba á hablar.

Escuchadme, amigos míos, dijo: oidme españoles, hijos de esa noble tierra hidalga y generosa. No escuchéis á este hombre. Allá abajo, Pizarro, y ochenta compañeros vuestros os aguardarán: se hallan sin vituallas: se alimentan con la piel de sus últimos caballos: esperan este bergantin, como

espera el naufrago la barca salvadora. No os hagais responsables de la muerte de esos hombres, porque dareis cuenta de ese horrible crimen, ante Dios y ante la patria. Acusad al capitán Orellana de felonía: vosotros sois su tribunal; sed sus jueces, no sus cómplices.

Algunos hombres bajaron la cabeza.

Orellana, empuñó con mano de hierro la del sacerdote, y dirigiéndose á los que estaban mas cerca de él, dijo.

— Prendedle!

Los hombres vacilaron. El carácter sacerdotal por una parte, y la justicia que le asistía por otra, porque el hombre tiene siempre en su conciencia un tribunal que jamás se equivoca, detenía á los mas audaces.

Orellana estaba en su momento crítico. Comprendía que si se le desobedecía estaba perdido.

Prendedle! repitió. Si no lo haceis, juro por Santiago, que hundo esta nave, y todos seremos víctimas. Aquimando yo solo, yo solo respondo de mis actos, y daré cuenta de ellos, ante Dios allá arriba, ante el Rey aquí.

Hubo una reaccion. La voz del que manda, tiene siempre algo de solemne. Domina, y casi siempre vence.

Dos hombres se acercaron á Carvajal y le amarraron.

Dos víctimas necesitais, Orellana, exclamó uno. El Padre Carvajal es la primera, yo seré la segunda.

¿Quién habla? dijo Orellana

— Yo, Hernán Sánchez de Vargas, de noble raza, y como tal incapaz de consentir en tan negra traición. Allá en el castillo de mis abuelos, siempre he oído decir, que socorrer al que se halla necesitado, es una acción laudable y abandonar al que en nosotros confía, es una infamia.

Los nobles como nosotros, Señor Capitán, llamamos las cosas por su nombre y por consiguiente lo que vos haceis, será calificado de traición, y el traidor, tarde ó temprano, espía su crimen. Pero como estoy en vuestro poder, llevad á cabo vuestra hazaña, indigna de un hijo de la noble España, y para hacerlo mejor, aumentad estas dos víctimas mas, á las que gracias á vos, sucumbirán allá en el Occidente, maldiciendo vuestro nombre hasta su último aliento.

Prendedme!

CAPÍTULO XXII.

El Amazonas.

La nave continuó su rumbo hácia el oriente. Los dos únicos hombres que habian rechazado enérgicamente el innoble proceder de Orellana, habian sido abandonados en

las orillas del río, y el Bergantín, volaba sobre la superficie de las aguas cristalinas y sembradas de islas, que como ramilletes de flores, daban al paisaje un encanto indescriptible.

Orellana está siempre sombrío. La voz de Tania, apenas puede tranquilizarle algunos momentos. Se conoce que un roedor continuo amarga su existencia.

Van quince días de viaje desde que siguen el curso del Napo. El río aumenta el caudal de sus aguas: numerosos afluentes van á pagarle su tributo, y se conocía por el Marañon que no estaba lejos.

Efectivamente, el paisaje cambió de aspecto á las nueve de la mañana del décimo sexto día, y la nave capitana tripulada por europeos, surcó por vez primera desde la creación del mundo, las aguas del mayor río del globo.

Hasta aquí la suerte ha favorecido al hábil explorador. Ha recorrido el caudaloso Napo, cuyo curso es de doscientas leguas, y que tiene á su vez tributarios como el Coca y el Curaray, y que sin embargo es un arroyo comparado con el río mas imponente y hermoso de la tierra.

Está en el Marañon; sus ojos le han visto, y el expectáculo que le rodea, le hace olvidar por algunos instantes, su pasado doloroso, su presente

no esento de peligros; el porvenir lleno de sombras, y aun la negra traición, por la cual ha condenado á la mas horrible de las muertes, á Pizarro y sus compañeros, perdidos en los bosques en el centro del continente americano.

CAPÍTULO XXIII.

El Himno al Amazonas.

En la falda oriental del Cotopaxi, uno de los mas elevados y terribles volcanes del globo, vése un arroyo de agua cristalina, que salta, jugueteando sobre las piedras del monte, forma cascadas en miniatura donde se refractan los rayos solares, huye, se esconde en las grietas del volcan, reaparece, se divide en hilos de plata, engrosa su diminuto cauce descendiendo siempre, doblega los débiles arbustos, arrastra las hojas amarillentas que el viento desprende de las ramas, sigue su curso tortuoso, irregular, siempre sin interrupción, y llega al pié de la montaña, corriendo sobre los llanos, sobre los campos cultivados, sobre el lecho de las quebradas. Ese delgado hilo de plata de la nevada montaña llega al océano atlántico, engrosado por mil ríos, y se precipita con el fragor de la tempestad sobre las ondas saladas, á las cuales domina sesenta leguas aun, mas allá de las costas: esa gota de agua transparente que brota en la falda del volcan, recorre mil

y doscientas leguas, y se confunde en el inmenso mar.

Ese riachuelo es el *Amazonas*, el mas grande de los rios de la tierra. Rio legendario, rio poblado de serpientes marinas y caimanes; rio monstruo que atraviesa todo un continente; rio tan célebre como el Níger y el Nilo.

Tiene tres nombres: llámase el Amazonas, pero tambien se llama el Marañon, y el Solimoes. Toma el primer nombre de la tribu guerrera de mujeres, que se dice hubo á sus orillas, y que semejantes á las amazonas antiguas, combatian juntas, y defendian la inviolabilidad de su territorio á todas las tribus.

El segundo nombre, le viene, de la frase latina escapada á un soldado español, quien viendolo por primera vez, y asombrado ante el inmenso caudal de sus aguas, exclamó.

¿Mare an non?

El tercero, con el cual se le conoce en toda la inmensa extension, ribereña del Brasil, proviene sin duda de alguna tribu situada cerca de la embocadura, ó segun otros por la abundancia de salmones (Solimoes) que se pescan en él.

Cerca del Atlántico su cauce toma una latitud considerable, y una profundidad proporcionada. Setenta y cinco leguas de estension, tiene para lanzar al oceano sus aguas espumosas, y á la entrada, la isla de Marajos, mayor que la

Córcega, que la Cerdeña y la Sicilia reunidas, parece el guardián del laberinto de canales y estrechos, que abarcan cerca de cuatro grados de latitud.

El Amazonas es un oceano.

El Amazonas ofrece á la navegacion mas de cincuenta mil kilómetros de extension: recibe mas de doscientos afluentes, muchos de los cuales tienen tres mil kilómetros de curso; el sistema hidrográfico del Amazonas es el mas considerable del globo.

Este rio, visitado por tantos viajeros célebres, es sin embargo el menos explorado. Dia llegará sin duda, en que él será conocido de una manera completa, y entonces llenará su mision; servir de medio para la colonizacion de los vastísimos territorios que se extienden hácia sus dos orillas, y entonces se explotarán sus innumerables riquezas, útiles á la industria, al comercio y á las ciencias.

CAPÍTULO XXIV.

La tribu de las Amazonas.

Orellana estaba pues en el Marañon. A su lado, taciturna, sombría se halla Tania, la mujer que no ha vacilado en seguirle sin saber á donde vá. Cuando llegue al gran lago ¿qué hará?

¿Creés que en efecto exista esa tribu de mujeres guerreras

de que me han hablado? preguntó Orellana á la jóven india.

Esa tribu existe, y la verás pronto.

—¿Has estado alguna vez allí?

Tania vaciló.

Contesta Tania.

Mi padre ha estado allá.

¿Y porqué estás triste Tania?

Esas mujeres, son muy hermosas, Orellana.

¿Celos?

Nó sé lo que será eso. Pero si sé, que si tu amaras á otra mujer yo moriría.

Nada temas Tania. Yo seré fiel á tu cariño, y ninguna mujer te hará sombra.

Asi lo espéro, contestó la jóven. Al siguiente dia, llegaron á la tribu que comandaba el régulo Aparia, uno de los mas poderosos jefes del territorio. Orellana quiso entrar en relaciones con él y le visitó.

Aparia recibió cordialmente al viajero español, y le proveyó abundantemente de víveres. Tambien le aseguró que en la region amazónica, existía mas al éste, la tribu de mujeres, guerreras, pero cuya visita era peligrosa.

Orellana jóven, valiente, audaz, veía en cada peligro un nuevo aliciente, y juró que iría allá, aun cuando las amazonas estuvieran guardadas por cien dragones y monstruos

mas formidables que los que cuidaban el jardin de las Hespérides.

Siguió pues su marcha, y durante muchos dias, el viaje se hizo sin interrupcion, y sin monotonia, pues cada paso que adelantaba en el caudaloso rio, admiraba nuevas bellezas de aquella vejatacion ecuatorial, siempre rica y siempre variada.

Un dia, se hallaba en su lecho, pensando en su aventurera existencia, y dominado por su idea única, cuando oyó un grito lanzado por uno de sus tripulantes, grito repetido por todos los demás, con muestra de asombro.

Saltó del lecho, y se precipitó fuera de su cámara, mirando con ávidos ojos el paisaje hermoso que le rodeaba, cuando á su vez se escapó de su pecho una exclamacion de indecible sorpresa.

El rio hacía un recodo magistoso; curva armoniosa que dejaba percibir á grandes distancias las dos orillas. Estas eran bajas, cubiertas de fina yerba, y dominadas por palmas, coronas espléndidas de delicado plumaje. Acá y acullá chozas sencillas se elevaban entre grupos de árboles de mango, cuyo fruto dorado pendia en racimos hasta doblar las ramas con su peso. Pájaros de mil colores, entonaban trinos de admirable dulzura: la brisa movia apacible-

mente las copas de las palmeras.

Aquel paisaje era de una belleza indescriptible.

La nave avanzaba pausadamente, acercándose á la costa occidental. Allí se divisaba un grupo de seres humanos, contemplando con asombro la pesada máquina que surcaba las aguas del rio.

Orellana, fijos sus ojos en aquel grupo, parecía devorarlo.

Quince ó veinte mujeres desnudas hasta la cintura, cubierto el resto de su cuerpo hasta las rodillas con pluma, de colores espléndidos, de pié, miraban tambien al bergantin.

Orellana avanzaba, y ellas permanecían inmóviles.

De pronto, aquel grupo se disuelve; las mujeres adelantan hácia la orilla, se escalonan á distancias iguales á lo largo de la ribera, y un grito terrible se escapa de sus pechos palpitantes.

¡Abajo! gritó Tania, y obligó á Orellana á inclinarse. Una nube de flechas cayó sobre el bergantin, é hirió dos ó tres hombres.

Era el saludo de las Amazonas.

Demonio! dijo Orellana, parece que estas mujeres guardan el vellocino de oro de los argonautas antiguos.

—Queríais ver á las Amazonas, contestó Tania: pues bien allí están.

Orellana la miró de una

manera singular, y dirijiéndose á la tripulación:

Muchachos! dijo á tierra y pronto.

El buque enderezó su proa á la costa y se lanzó sobre la orilla, no sin recibir antes una segunda descarga de flechas, que felizmente no hizo otra víctima.

Orellana se lanzó seguido de veinte de sus compañeros, sobre la arena humedecida de la playa, y alzando su escopeta, hizo un tiro al aire.

La detonacion fué formidable. Las quince mujeres desaparecieron.

Adelante! muchachos, dijo Orellana, y se precipitó en su seguimiento.

—Tania se quedó á bordo. Lloraba.

El dia transcurrió todo entero. Llegó la noche, y poco á poco fué constelándose el cielo, enviando á la tierra ese resplandor extraño que dan las estrellas. No es luz, pero tampoco es sombra. Y en las regiones ecuatoriales, parece que una lluvia de diamantes ha quedado en suspenso entre la tierra y el cielo.

Una calma inalterable reinaba en la atmósfera. La orilla estaba silenciosa: ni una luz se veía: parecía una costa abandonada.

¿Qué habia sucedido á Orellana? La tripulación estaba preocupada. Reunidos los

hombres en la proa, dominados por la emoción, apenas hablaban.

Durante todo el dia no se habia oido una sola vez la detonacion de un arma de fuego.

¿Qué habia sucedido pues? ¿Había muerto Orellana con todos sus compañeros?

Dolorosa expectativa que tenia preocupados los ánimos de todos los tripulantes, mientras las horas transcurrían eternas.

Dieron las doce, Tania salió del camarote, vestida con su traje de marinero; llegó al grupo de hombres inmóviles y taciturnos, y alzando la voz dijo:

¿Qué hacemos? ¿dejamos pe-
ner al hombre intrépido que
os está guiando al travez del
Marañon y que os conducirá al
pais de vuestro nacimiento? Es-
to no es posible. El que quie-
ra que me siga.

Y la joven mandando poner una plancha entre el buque y la costa, se lanzó á la ribera.

Diez tripulantes la siguieron.

La noche estaba oscura. Negros nubarrones iban lentamente cubriendo las estrellas. Ni un solo soplo de aire agitaba las hojas de los árboles. Silencio y soledad por todas partes.

Tania atravesó la llanura y entró al bosque cercano.

Allí la oscuridad era profunda: ni un sendero practicable habia y á cada instante tropezaban con los arbustos caidos, temiendo encontrar bajo cada hoja el dardo agudo de las ser-

piantes. No podían orientarse, ni sabían adonde dirijirse.

De repente, vióse una luz al travez de la floresta. Esta luz fué seguida de una detonacion.

Por allí! dijo Tania, y se lanzó desesperada en la direccion del tiro. Los hombres le seguían trabajosamente: solo ella no sentía el cansancio: se deslizaba, y como las diadas mitológicas, parecía conocer todos los secretos del bosque.

Un confuso rumor de voces, llegó á sus oídos: apuró su marcha; rompió con sus manos la cortina de verdura que interceptaba su vista, y divisó un claro, iluminado por una fogata. La primera cosa que pudo observar, fué la lívida faz de Orellana, atado á un tronco de árbol iluminado por los resplandores rojizos de la llama.

Tania lanzó un agudo grito y se precipitó como una bacante herida en la plazuela del bosque. Los diez hombres la siguieron y se detuvieron estupefactos ante el expectáculo espantoso que se ofrecía á sus ojos.

Una amazona muerta, yacía en el medio, en un lago de sangre. Las demás lanzaban aullidos capaces de hacer temblar al hombre mas valeroso.

Eran hienas que giraban en torno del cadáver, y en torno del hombre vivo.

CAPÍTULO XXV.

La Reina de las Amazonas.

Tania se acercó estremecida al árbol á que estaba atado Orellana

¿Qué es esto? dijo, ¿qué ha sucedido aquí? ¿qué hacen estas mujeres?

Voy á morir, Tania, y víctima de mi curiosidad, mi muerte no será provechosa á nadie.

Una confusa gritería en ordecía aquel recinto.

Muera, decían aquellas mujeres, muera, el invasor del pueblo de las Amazonas. Muera el matador de Paoni, nuestra reina.

¿La has muerto Orellana? dijo Tania estremecida.

Me atacaron ciento: hice fuego, y esa mujer cayó.

Las Amazonas, reunian montones de ramas al pié del árbol donde Orellana se torcía bajo las cuerdas que desgarraban sus carnes.

Iban á quemarle vivo.

Los hombres de la escolta, se preparaban á hacer fuego sobre aquellas mujeres, pero Tania, se interpuso:

Nada de fuerza dijo. Si quereis salir de aquí, lo que vale es la astucia: dejadme obrar, de otro modo ninguno de vosotros volverá á bordo de su buque. Detras de estas cien mujeres, hay otras ciento, y bien sabeis, que en la fuerza, el número vence á la guerra, y á la destreza.

I Tania se acercó tranquila mente, á la amazona que yacía por tierra bañada en su sangre.

Las demas se precipitaron sobre la jóven. Pero ésta levantándose las miró fijamente, y entregó una piedra azul de transparencia suma, á la que mas cercana estaba.

¿La piedra de un jefe! dijo estupefacta.

Y todas esas mujeres formaron un grupo á la luz de la fogata.

La piedra pasaba de mano en mano. Cada amazona la pasaba por su frente, y la besaba respetuosamente.

Tania se acercó al grupo.

Quiero hablar, dijo, en la lengua estraña, de esa estraña tribu.

Habla nuestra lengua! dijeron. Si hablo vuestra lengua, y soy vuestra reina.

Un hombre!

Una mujer, contestó Tania.

Y desembarazándose rápidamente del vestido de marino, apareció ante los asombrados ojos de la tribu con un vestido corto hecho de plumas de ave, y adornados con pequeños huesos primorosamente labrados. A su cuello llevaba un cordon trenzado de cierta manera peculiar, y en las gargantas de los piés y las manos, brazaletes de pepitas cortadas en forma oval.

Tania, así ataviada parecía una reina, digna de aquel gru-

po de mujeres, hermosas todas, llenas de vida, ostentando el lujo de sus encantadoras formas, bajo aquel cielo tropical y en medio de aquella salvaje y espléndida naturaleza.

Un clamor inmenso se alzó por todas partes. En un instante fué doble, triple el número de Amazonas; parecia que de cada hoja de árbol brotaban como las driadas mitológicas. Todas rodeaban á esa mujer singular, que apareciendo de repente, se proclamaba su reina.

Orellana mismo olvidaba sus dolores, sorprendido ante el cuadro extraordinario que contemplaba.

Tania se sentó sobre una piedra cuadrada, que se hallaba en el centro de la plazoleta.

Voy á hablar, dijo. Escuchadme.

CAPÍTULO XXVI.

La separación.

Soy la hija de Pao. ¿Os acordais de aquel guerrero célebre que hace mucho tiempo, vino aquí? Las jóvenes no tendrán memoria para eso; aun no habian nacido. Pero las que tienen más edad no habrán podido olvidarlo. Una sobre todo, creo que tendrá presente al joven intrépido que la salvó de la muerte, cuando él descendía el Rio ne-

gro, y la encontró luchando con un terrible pez de los que devoran hombres; él dió muerte al feroz animal, y trajo á la orilla á la mujer desmayada.

Dos mujeres se acercaron, y dijeron:

Es cierto.

La tribu entonces, como obedeciendo á la voz de un jefe, desató los lazos que aprisionaban á Orellana y á sus compañeros.

Orellana quedó libre.

Ahora bien, continuó Tania. Yo os ruego me digais si esa mujer á que me refiero, se halla entre vosotros, ó está ausente.

Una de las Amazonas adelantó entonces, y señalando á la que sin vida yacía en un lago de sangre, dijo solemnemente:

Esa mujer, se llamaba Paoni; era nuestra reina y allí está.

Orellana creia estar bajo el imperio de una alucinacion estraña. Veíase rodeado de un grupo de mujeres, cada momento mas numeroso; veía la fogata ardiendo y lanzando sus resplandores que iluminaban la plazoleta del bosque; veía á Tania, objeto de las atenciones y respeto de aquella estraña tribu; veía los árboles seculares elevandose hasta la región de las nubes; veía el cadaver sangriento de la reina de las Amazonas, y creia que todo

aquello era efecto de una espanto-a pesadilla. Durante su vida aventurera, tan rica de episodios, nunca se había encontrado en situación más excepcional. Necesitaba ver sus brazos magullados y sangrientos para convencerse de que aquello no era fantasma de su espíritu y que el salvaje cuadro que presenciaba, era real.

Tania se acercó:

Orellana, dijo, vuelve á tu buque.

¿Cómo?

Diez hombres te acompañarán. Vuelve á tu buque y sigue tu marcha.

¿Y tú?

Yo me quedo, contestó Tania. Desde el momento en que he dado á conocer mi carácter ante la tribu de las Amazonas, debo quedarme. Ya no me pertenezco. Si te siguiera, moriría.

¡Abandonarme tú, Tania! Eso es imposible.

Te engañas. Es posible y aun necesario. Ya has visto lo que querías ver: ningún europeo ha conocido antes que tú esta maravillosa región, y esta maravillosa tribu; ningún europeo verá después esta raza que se extingue. Anda, cuéntame á tu rey y á tus hermanos de allende el mar, lo que sólo tú y tus compañeros habeis visto; quizás no te crean.

Tania.....yo te amo.

Tania ahogó un sollozo.

Orellana, dijo: nada de palabras; estas mujeres nos miran, y como no comprenden la lengua que hablo, están sorprendidas, y sospechan. Déjame con ellas; yo inventaré una historia que las satisfaga, por que bien sabes que he faltado á un juramento. Ninguna puede revelar á un extraño el lugar donde la tribu reside, y su reina ha violado aquel juramento.

Tania, sigueme.

Jamás! contestó Tania con entereza. Huye Orellana de estas orillas.

Te volveré á ver? preguntó Orellana vacilante,

—Tania contestó:

Esta noche misma, ó jamás.

Y dirigiéndose en seguida á las Amazonas, que en grupo compacto rodeaban el bosque, dijo en la lengua de la tribu:

Dejad paso á este hombre y á los suyos. Tenemos que celebrar los funerales de la que ha muerto, y bien sabeis que ninguna mirada profana debe contemplarlos.

El grupo se abrió como por encanto. Orellana, acompañado de los suyos, salió lentamente, y presa de una tristeza profunda y de un aniquilamiento completo, dirigióse á su bergantín.

CAPÍTULO XXVII.

La partida.

El dia apareció radiante.

El Amazonas centellaba á los rayos del sol y el bergantín se movía suavemente sobre las aguas del Rio. Orellana, presa de una fiebre violenta, yacía en su lecho. La tripulación azorada no sabia qué hacer.

Así transcurrió una parte del dia. La calma era inalterable, y las horas pasaban lentas y monótonas. A las dos de la tarde se dejó sentir el impulso de la marea, y el viento se hizo propicio para continuar la marcha hacia el Oeste.

Es preciso partir, dijo uno de los tripulantes. Nuestra situación es grave, y cada dia que pasa la complica más.

¿Y Orellana?

Irá con nosotros. No habla y parece estar sumergido en un sopor profundo. Estoy por creer que esa mujer le ha dado algún filtro. Es una bruja.

Pero convendreis en que es una hermosa bruja. Yo me he figurado á las brujas, de edad avanzada, rostro repugnante, harapos por vestido, montadas en palos de escoba, y surcando los aires en alas de la tempestad. Pero esta mujer no tiene nada de eso. Es una linda muchacha, dulce.....

En cuanto á dulce, no tanto. Ha muerto á un compañero nuestro, con sólo tocarlo.

¿Qué tendrá en los dedos de su linda mano?

Es inconcebible, añadió otro.

Mata como el rayo, pero es preciso confesar que es muy bella.

El comandante Orellana está loco por ella.

Que la lleve á España, y adelante.

Creo que no puede seguirlo. Anoche oí lo que hablaron ambos, y comprendí que como Reina de las Amazonas, tiene que quedarse.

El comandante tiene fiebre; si ella no vuelve, él morirá.

En este momento, se abrió la puerta de la cámara, y Orellana, pálido, envejecido, los ojos brillantes, apareció en el umbral.

Todos callaron.

Vamos á partir, dijo. Ella me ha asegurado que por la noche volvería, ó jamás; y no ha vuelto.

—Partamos, pues.

Los hombres de su nave, obedecieron silenciosos. Poco á poco, el bergantín fué separándose de la orilla, y comenzó el descenso del rio.

Orellana entró en su camarote nuevamente, y lanzando desgarradores sollozos, se arrojó al pié de su lecho.

¡Comienza la espaciación! dijo.

Oh Tania! aparición celeste de los bosques del Amazonas, hermosa hija de las tribus americanas! Oh Tania, te amo, más que á la patria ausente, más que al hogar abandonado. En mi vida de aventuras, he

cruzado todos los horizontes, he sentido todos los climas desde el helado de las regiones hiperbóreas, á la ardiente de la región del sol; he visto ante mí, desarrollarse las páginas del mundo como un libro inmenso, y jamás en mi vida de emociones, de lujo, de miserias, de temores y de alegrías, jamás, una lágrima ha humedecido mis ojos, jamás un sollozo ha levantado mi pecho. Hoy lloro; y este llanto fatal que surca mis mejillas, y estos sollozos que destrozan mi pecho, son inútiles. Se vá, se vá la aparición hermosa de mi vida! se vá Tania, la Reina de las Amazonas, y también mial! Mi nave huye, se aparta, abandona estas riberas, y cada momento me separo más de ella. Es imposible. ¿Quién me impide quedarme? Yo mando aquí. Sigán mis compañeros de viaje su marcha al través del Rio y del Oceano: yo me quedo. Poco me importa no volver; necesito verla otra vez siquiera.

Orellana volvió á salir. La tripulación le miraba tristemente.

El bergantín dobló un cabo.

De repente, Orellana, pálido, sombrío, lanzando una mirada siniestra, dijo con voz aterradora:

Fondo!!

La tripulación se agrupó

asustada.

Fondo!! repitió Orellana, voy á la orilla.

¿Cómo?

Voy á tierra, he dicho. Seguid vosotros la marcha á la tierra patria: yo me quedo.

Imposible!

¿Imposible? Yo nada tengo: yo nada espero. Cúmplase mi destino. Obedeced!

Los hombres del bergantín, habituados á obedecer, dejaron correr el ancla. El buque quedó inmóvil, balanceándose suavemente á impulso de la brisa de la tarde.

Orellana hizo poner á flote un ligero esquife que á bordo llevaba, y quince minutos después estaba en tierra.

La tripulación, había dicho: Esperémosle.

CAPÍTULO XXVIII.

Los funerales.

Orellana avanzaba penosamente. Las malezas de la orilla, las espinas de los arbustos herian su rostro, sus manos y sus pies. El adelantaba siempre: dos horas más tarde reconoció se hallaba en el lugar de su primer desembarque. Por allí se había internado, pero la noche venia, y temió extraviarse.

Espero el día, se dijo, y se sentó sobre un tronco de árbol caído.

Así transcurrieron algunas

horas, y el sol debió haber pasado por el zénit del hemisferio inferior. La luna salió entonces, y el camino se iluminó débilmente.

Orellana se levantó, y se internó.

De repente oye un ruido, como de pasos, se detiene, escucha, y un momento después un canto en idioma extranjero inunda de armonías del bosque. Era una música extraña, un ritmo desconocido, una cascada de voces que entonaban un cántico de dulzura infinita. Poco á poco se fué iluminando el sendero, y aparecieron de dos en dos las Amazonas, llevando hachones de madera resinosa encendidos.

Orellana se escondió detrás de un árbol de grueso tronco, y vió pasar á poca distancia de él, la extraña comitiva.

Mas de ciento de aquellas mujeres extrañas, iban en dos filas, llevando antorchas, y lanzando á los aires dulces cantos. Detrás, y sobre lecho de hojas y cubierto de flores odoríferas, y llevado en hombros de seis mujeres se hallaba tendido el cadáver de la última reina de las Amazonas. Cerraba el convoy fúnebre, una especie de tronco portátil, también cubierto de flores, llevado por diez hermosas jóvenes, y dominado por un dosel de vestidura. Tania, inundada de luz, apareció á los asom-

brados ojos de Orellana.

Este pudo apenas reprimir un grito, é iba á lanzarse sin reflexión alguna, cuando Tania volviendo su rostro hacia aquel sitio, le vió. Una palidez súbita la hizo vacilar, pero tuvo la suficiente entereza para dominarse, é hizo á Orellana una imperceptible señal, que éste comprendió.

La comitiva se detuvo.

Entonces, todas las Amazonas comenzaron un trabajo lúgubre. Cavaron una fosa profunda: en el fondo hicieron una especie de lecho, compuesto de flores, y sobre él depositaron suavemente el cadáver de la reina. En seguida, y lanzando gritos dolorosos fueron cubriendo de tierra aquella excavación. Terminado este trabajo, todas formaron un grupo compacto al rededor de aquella tumba, y á una señal de Tania apagaron súbitamente sus hachones, quedando todo en oscuridad profunda. La luna misma en aquel instante, se hallaba velada por espesas nubes.

Orellana estaba inmóvil. De repente, siente que una mano se apodera de su brazo, y una voz conocida, la dulce voz de Tania, le dice:

—Ven!

CAPÍTULO XXIX.

La muerte de Tania.

Hacia el oriente apareció

esa luz violácea, precursora del día. Comenzaba ese estremecimiento de los árboles y de las flores, que es el saludo de la naturaleza al astro fuente de vida y de calor. Los pájaros cantaban, y una brisa embalsamada refrescaba el ambiente.

—¡Habeis vuelto Orellana! dijo Tania.

—Sí, contestó Orellana.

—Habeis hecho mal, pero me alegro. De este modo podré declararos lo que aun no os habia dicho. He salvado á los hombres de vuestra raza que se internaron en el bosque. Os dije, que si encontraba un corazón suficientemente generoso, para hacerme olvidar la cruel conducta observada por el otro, les salvaría.

Les he salvado. Mi padre Pao los escondió, y debe haberlos presentado ya á tu antiguo jefe, á Pizarro.

Gracias, Tania, dijo Orellana; gracias, en nombre de ellos y de sus familias, á las cuales evitais largos días de dolores. Y ahora ¿qué debo yo hacer?

Partir, partir inmediatamente. En este instante mismo estamos corriendo peligros inmensos. Deben buscarme ya, y si no estoy ya al lado de las Amazonas, mi muerte es segura.

En este mismo momento, y como una prueba de la aseveración de Tania, una explosión

de gritos resonó en el bosque.

Tania se estremeció, y abandonando rápidamente á Orellana, iba á entrar en el claro del bosque, cuando una flecha traidora se clavó en su pecho.

Tania lanzó un gemido.

Orellana se precipitó hacia ella.

—¿Qué ha sucedido? dijo.

—Me han muerto, contestó la joven, cayendo moribunda sobre el césped.

Los hachznes se encendieron, y Orellana se vió en medio de las mujeres de la tribu, que aullaban como fieras.

Tania habia muerto.

CAPÍTULO XXX.

La tempestad.

Era una mañana fria y lluviosa. La tripulación del bergantín se hallaba ocupada en una maniobra complicada. El caudal de aguas del Amazonas es el de un oceano, y una tempestad se desencadenaba con furor indescriptible. Olas enormes barrian la cubierta, y el pequeño buque se estremecía como un sér vivo. Ya los hombres, desalentados, iban á entregarse á la desesperación, veían á la muerte cernirse bajo la quilla de la nave.

¡Hé aquí nuestra turba, dijo uno. ¡Adios patria ausente! ¡Hemos sido culpables en haber abandonado á nuestro antiguo jefe!

—Justa expiación!!

—Luchemos sin embargo; luchemos contra el huracán, contra la tempestad, contra el inmenso abismo. Luchemos hasta morir.

—La muerte nos llama.

—Es preciso vencer.

—Ya no hay fuerzas.

—Es necesario hallarlas.

¡El buque está abierto! gritó un marinero, subiendo rápidamente á la cubierta. ¡El agua nos inunda!

Dios nos llama! Vamos.

Y ya muchos hombres iban á precipitarse al mar, cuando una voz enérgica y poderosa, voz que parecia dominar el viento y la tempestad, se dejó oír.

Alto! dijo.

—El Capitán! exclamaron todos.

—Sí, el Capitán, que viene á mandar su buque y á salvar la vida de sus hombres. ¿Qué temor es este, por qué vacilais? ¿porque un poco de agua les acaricia? ¿donde está el peligro?

—El buque se va á pique!

—No aún. Al frente tenemos una isla: abordemos á ella.

—No hay tiempo!

—Habrá, contestó Orellana.

El buque, casi hundido, avanzó rápidamente llevado por el viento y las olas. Dura te todo aquel día, la tripulación trabajó activamente. La isla se acercaba y el buque se hundía. El

problema quedaba reducido á saber si en esta lucha vencía el hombre ó la tempestad.

Orellana estaba impasible. Sereno ante el peligro, parecia al contrario, gozar en medio de él, así como el ave de las tormentas lanza sus más alegres gritos, cuando el trueno resuena con mayor fragor en la plomiza bóveda celeste, y cuando la ola es más monstruosa.

Orellana nada temia, nada esperaba. Se dejaba llevar por el huracán, y lo acompañaba. Si triunfaba, estaba bien; si moría, era mejor.

Y las horas pasaban. Llegó la noche, y no la vió venir.

De repente, el buque encailló y quedó inmóvil.

Estaban en salvo y abordaron á una costa baja y erizada de peñascos á flor de agua. Era la isla de Marajos, grande como un continente.

Orellana parecia indiferente á esta salvación casi milagrosa. Insensible á la fatiga, como habia sido insensible al peligro, emprendió una marcha fatigosa, buscando casi la muerte. Subió por una cuesta rápida y violenta; subía siempre y saltaba sobre abismos profundos.

La tripulación le miraba con espanto y al mismo tiempo con piedad.

Pobre Capitán, dijo un marinero de edad avanzada y piel tostada y ennegrecida por el

sol abrasador de los Océanos. Desde que espirante le encontramos en aquel bosque fatal cavando sin cesar aquella fosa que quería ahondar sin cesar, he temido siempre por su razón. Aquel cadáver se ha llevado su alma, y no sé por qué prodigio no dejó la existencia entre esas furias. ¿Cómo escaparía de la muerte en medio de esas mujeres terribles? Nunca ha que rido contestarnos.

Parece que huye de nosotros. Sólo tiene energía para salvarnos, y gracias á él nos hemos salvado hoy. Pero él, creo que procura la muerte.

Salvémosle también, dijo un tercero.

Es necesario salir pronto de aquí: puede suceder que las auras del Océano tranquilicen al Comandante y le devuelvan poco á poco la calma.

—¿En este buque?

—En éste, y si quieres en otro. Bastantes tenemos en donde escoger.

—Pero necesitamos repararlo.

—Reparémoslo. Aseguro sin embargo, que más difícil es navegar por el Amazonas, que sobre el Océano.

Durante esta conversación, Orellana se acercaba lentamente al grupo de marineros.

Estos le contemplaban con piedad. Había envejecido diez años: arrugas precoces surcaban su frente, y sus ojos fijos,

como quien mira una aparición sobrenatural, inspiraban temor.

—¿Estais seguros, dijo, de que Tania, había muerto?

Los hombres no le contestaron. Pusieronse de pié y le rodearon con afecto.

—Comandante, dijo uno, estamos en el Océano. Mirad y alentaos: pronto volveremos á ver la madre España. Habeis conquistado una gran gloria, y sereis célebre en el porvenir, por haber el primero recorrido este inmenso rio.

—Sí, es cierto. ¡El Océano! El inmenso Océano! ¡El Amazonas! Las mujeres guerreras! Yo me acuerdo, de todo esto: pero no olvidó tampoco que esa pobre niña ha muerto por salvarme. Yo la vi caer, herida de muerte por una flecha traidora. Yo guardé su cadáver un dia entero, yo abrí la fosa, quedó su cuerpo y mi alma y mi corazón. ¿Por qué no caí herido de muerte también? ¿Por qué me abandonaron aquellas mujeres? ¿Por qué huyeron lanzando alaridos tremendos? ¿Que vértigo se apoderó de ellas?

Comandante, ellas huyeron por nuestros tiros de arcabuz. Os buscábamos, y todo el dia recorrimos el bosque. Cuando os encontramos estabais espirante. Pero ya todo pasó: ha sido un sueño del que habeis despertado. Ahora no debeis pensar en el pasado, sino en el porvenir. Os habeis

salvado milagrosamente: es necesario seguir ahora al través del mar, á buscar la patria.

—Sí, es necesario: partamos.

—Aun no. Hay que hacer reparaciones serias en nuestro bergantín, y tardaremos algunos dias. Mientras tanto, no os alejeis de nosotros: vuestra vida nos es indispensable: sin vos, no encontrarémos la ruta sobre las aguas del Océano.

Es preciso. No os abandonaré como abandoné á Pizarro.

Diciendo estas palabras, Orellana tembló convulsivamente y fijó sus ojos en el extremo horizonte, y como si mirara un espantoso espectáculo, pálido, brotando de su frente un copioso sudor, siguió:

Allí están, vedlos, andan trémulos, vencidos por el hambre y el frio, desgarrados y sangrientos Suben las cordilleras, uno á uno, arrastrándose sobre las pendientes escarpadas. ¿Dónde van? Allá diviso una ciudad, reclinada en el regazo de un monte: es Quito. A Quito se dirigen, estenuados con tan largo viaje. Yo los abandoné, y ellos me nombran, disculpándome.

Nó. Yo no debo vivir más; es necesario que expie mi abandono.

Y diciendo esto sacó de su seno una vasija pequeña de barro, herméticamente cerrada.

—¿Qué es esto comandante? dijeron los marineros.

—¿Esto? ¿Os acordais de aquel hombre que murió cuando le tocó Tania? ¿Debia morir! ¿no es cierto? El la insultó, y quien insulta á una mujer, no tiene perdón. Era un cobarde: no respetó su juventud, su sexo, su belleza. La insultó, la arrastró, quiso matarla talvez. Ella se defendió é hizo bien.

¿Esto? Es un veneno activo. Basta tocar el líquido que encierra este vaso, para que la sangre se congele. Entonces no circula, no llega al corazón: Cesa éste de latir, y la muerte viene, rápida, sin dolor, instantánea. Es una muerte bellísima, dulce, un tránsito de la vigilia al sueño, del sueño á la muerte. Los indios saben mucho, y han encontrado el modo de morir. Vais á verlo.

Y rápido como el relámpago abrió la vasija, é iba á introducir su dedo en el venenoso licor. Mas uno de los marineros más rápido aún, saltó como una pantera, y arrancó de las manos de Orellana el vaso, y le hizo rodar por tierra, derramándose el licor.

Orellana le miró estupefacto. ¿Qué has hecho? le dijo. ¿Cómo has osado oponerte á mis designios? Yo mando aquí, en la tierra, en los elementos, en el Océano, en el buque y en los hombres. Todo me obedece, y soy tan omnipotente como el Rey en la nación de España.

Sí señor, mandais en todo eso, pero no mandais en vos. Necesitamos salvaros para salvarnos, à no ser que nos querais dejar abandonados.

Los ojos de Orellana lanzan dos centellas, pero como los fuegos fatuos, se apagaron inmediatamente. Una reacción se apoderó de él, y dijo con voz tranquila.

Tienes razón.

Los marineros emprendieron su marcha y se reunieron a sus compañeros que habían ya comenzado las reparaciones del bergantín.

CAPÍTULO XXXI.

La vuelta á España.

La isla de Marajos no es una isla estéril. Frutos abundantes se encuentran cerca de sus costas y à sus orillas hay peces de agradable sabor. Los expedicionarios hallaron pues con qué sostenerse, y aun pudieron cazar patos silvestres y varias especies de aves.

Así pasaron algún tiempo, teniendo cuidado de que las reparaciones del bergantín fueran serias. En él debían atravesar un Oceano y era necesario tomar todas las precauciones debidas.

Quince días después de su arribo à la isla, volvieron à embarcarse, y esta vez con rumbo à las costas orientales de Europa. Viaje peligroso

para una tripulación escasa, casi sin elementos y expuesta à todos los riesgos de una navegación nueva para ellos.

Aquella travesía fué monótona y larga. Diariamente tenían que luchar con las olas, enormes siempre, para tan frágil bajel. Orellana permanecía invisible, y sólo en los momentos de peligro se le veía aparecer, mandar siempre una acertada maniobra, salvar el bergantín de un naufragio seguro, y volver à la sombra de su camarote, silencioso y sombrío.

Cuando así se le veía azotado por los vientos y las olas, domiando con su mirada de fuego aquel inmenso Oceano, sonriendo al peligro y provocando al huracán, se le habría tomado por el dios de las aguas, disponiendo à su grado de los abismos de los mares.

Treinta días de navegación llevaron à los expedicionarios à las costas de la isla española. Los colonos allí residentes, apenas dieron crédito à la maravillosa relación de Orellana y de sus compañeros. La tuvieron como fábula, y sobre todo la existencia de las mujeres guerreras, fué considerada como apócrifa. Orellana no discutió siquiera: le importaba poco que se le creyera ó nó.

En un buque de mayor porte hizo al fin rumbo à España, à donde llegó con felicidad. Fué

presentado al Rey, à quien hizo una relación fiel de sus viajes, y sobre todo de su expedición por el río Amazonas. El Rey mandó escribirlas y dicen que se conserva en uno de los archivos de España.

Orellana adquirió una reducida heredad, donde cultivó un jardín pequeño. En el centro de ese jardín, y bajo un pabellón de flores de colores espléndidos, y de exquisito perfume, hizo levantar un monumento sencillo: una cruz blanca, y al pié de esa cruz ha-

bía una lápida, en que se leía:

TANIA.

Tal fué la expedición de Orellana. Pizarro y sus compañeros, después de haber esperado largo tiempo al enviado, regresaron a Quito, dejando sembrado de cadáveres de indios y españoles todo ese camino saugriento. Después de muchos meses de inauditos padecimientos, arribaron à la capital de los Shiris, destrozados y en reducido número.

Fin de la primera parte.

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
<i>Introducción</i>	3
Capítulo I. — Babahoyo antiguo y Babahoyo moderno. — Mu- las de silla y mulas de carga. — La Mona. — Sabaneta. — Pisa- gua. — La cuesta de Angas. — Cita de Stévenson. — Camino real. — Ascensión á las alturas	4
Capítulo II. — Trayecto entre Guayaquil y Quito	9
Capítulo III. — Tambuco ó Tambuco. — Llegada á Guaranda. — Los vientos de las cordilleras. — La primera visión del Chimborazo. — La nieve y la niebla. — La montaña gigante. — El tambo de Chuquipocoyo	11
Capítulo IV. — El Chimborazo. — La Montaña Rey. — Mr. Wimper. — El Sangay. — Erupciones y terremotos. — El centro de los volcanes. — Palacios subterráneos	14
Capítulo V. — La región del Chimborazo	18
Capítulo VI. — Riobamba. — Recuerdos históricos. — Blasco Nuñez y Gonzalo Pizarro. — El valle de Cachipamba. — Dere- chos concedidos por el Rey de España al Cabildo de Rio- bamba. — El Excmo. Duque de Uceda, Grande de España de primera clase, nombrado Presidente del Cabildo. — Hom- bres notables de Riobamba. — Don Pedro Maldonado. — Mal- donado y La Condamine. — Tradición. — El Padre Richter. — El casique de los Omaguas. — Viaje por el Marañón. — El hun- dimiento del pueblo de Cacha, en 1640	22
Capítulo VII. — El Tungurahua. — Su última y actual erupción — La región del Tungurahua. — Ambato. — Su clima y sus productos. — Juicio de algunos viajeros sobre Ambato. — Lo que ha sufrido por los volcanes que la rodean. — El antiguo Departamento de Mocha	31
Capítulo VIII. — Siempre á caballo. — De Ambato á Latacunga ¡Esterilidad de los valles! — El Cotopaxi — Erupciones de este volcan. — El Padre José de Cares. — Predicción. — Ruina de Latacunga. — El territorio de este nombre. — La provincia de León. — Embajadores de los Colorados. — El Padre Onope. — Aneédoia	39
Capítulo IX. — Salida de Latacunga. — El Cotopaxi. — La ca- beza del Inca. — Juicio de Humbolt — Altura del Cotopaxi. — Sus mas famosas erupciones. — Los Jibaros	44
Capítulo X. — Machaché. — Un nuevo compañero de viaje. — Montañas de primero, segundo y tercer orden. — Las cercanías de Quito. — Tambillo	48
Capítulo XI. — La capital de los Shiris	49
Capítulo XII. — Quito. — Historia civil. — Historia Eclesiásti- ca. — Estadística. — Los Incas	50
Capítulo XIII. — La odisea de Orellana. — Orellana y Pizarro	

— La expedición. — Llegada à la Naciòn Guima.....53
Capitulo XIV. — Tania.....56
Capitulo XV. — La partida de Pizarro.....59
Capitulo XVI. — Historia de Tania.....60
Capitulo XVII. — Lucha.....62
Capitulo XVIII. — La promesa.....64
Capitulo XIX. — Nueva separaciòn.....65
Capitulo XX. — El Napo.....66
Capitulo XXI. — Traiciòn.....67
Capitulo XXII. — El Amazonas.....70
Capitulo XXIII. — El himno al Amazonas.....71
Capitulo XXIV. — La Tribu de las Amazonas.....72
Capitulo XXV. La Reina de las Amazonas.....76
Capitulo XXVI. — La separaciòn.....77
Capitulo XXVII. — La partida.....78
Capitulo XXVIII. — Los funerales.....80
Capitulo XXIX. — La muerte de Tania.....81
Capitulo XXX. — La tempestad.....82
Capitulo XXXI. — La vuelta à España.....86

